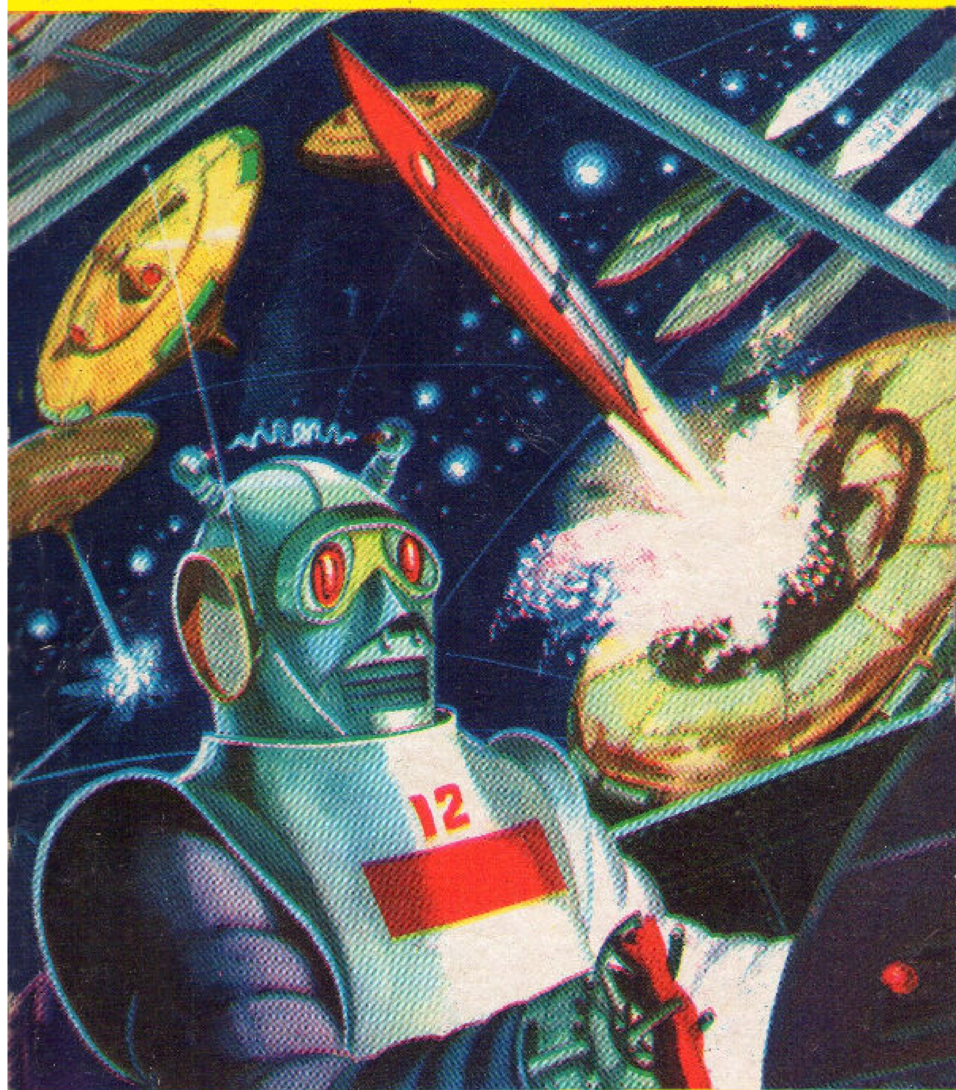
LUCHADORES DEL ESPACIO

LA HORDA AMARILLA



POR GEORGE H. WHITE

De las estepas del Asia Central surge un caudillo que agrupa bajo su mando a los dispersos estados asiáticos para constituir un nuevo y prepotente Imperio. Bajo el signo del odio, este moderno sucesor del terrible Kan lanza arrolladora contra los pueblos de Occidente, incontenible, a la horda amarilla.

Éste será el mundo del futuro que Miguel Ángel Aznar y sus amigos encontrarán a su regreso a la Tierra.

George H. White nos describe en este nuevo título la vida en el año 3000. Una visión aterradora de un mundo que vive las angustias de una guerra ruinosa, alimentada por los esfuerzos de una Humanidad obligada a construir ingenios bélicos cada vez más poderosos y costosos.

La horda amarilla le entusiasmará y sobrecogerá, viviendo con sus personajes las incertidumbres de una contienda capaz de aniquilar toda la vida sobre nuestro planeta.



George H. White

La horda amarilla

La saga de los Aznar - 4

ePub r1.3

Titivillus 01.10.16

Título original: *La horda amarilla*
George H. White, 1974

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



LA HORDA AMARILLA

George H. White

LUCHADORES DEL ESPACIO

CAPÍTULO PRIMERO

RETORNO A LA TIERRA

Estaban viéndolo allí, ante sus ojos, y no podían creerlo. Aquel globo plateado envuelto en un halo azul era la Tierra, el mundo donde habían nacido, el que añorado desde la inconmensurable lejanía de un planeta extraño e inhóspito habían desesperado de volver a encontrar algún día.

A nuestros astronautas, la Tierra ya no les parecía tan enorme después de haber visto otros mundos muchísimo más grandes que éste y que todos los planetas que con él giraban alrededor del Sol juntos. La Tierra, comparada con otros planetas del cosmos, era de una pequeñez irrisoria, pero así y todo era su mundo, su patria, y ninguno de los terrestres que ahora le contemplaban lo hubiera cambiado por el más rico y hermoso de los planetas de las lejanas galaxias.

El alborozo se pintaba con los más vivos colores en los hermosos ojos verdes de Bárbara Watt de Aznar, y en las no menos bellas pupilas azules de Else von Eicken. Junto a las dos jóvenes estaban admirando el magnífico espectáculo Miguel Ángel Aznar, esposo de Bárbara Watt, y Harry Tierney, millonario y fabricante de aeroplanos antes de emprender esta larga expedición, y en la actualidad novio de la rubia Else von Eicken.

En contraste con las caras resplandecientes de alegría de su esposa y sus amigos, la de Miguel Ángel mostrábase hosca. Contemplaba a su mundo de origen, ceñudo, como haciéndole un reproche o una muda pregunta de inquietante respuesta.

Al acortar la distancia que le separaba de la Tierra, desde el observatorio del Polo Sur del autoplaneta pudo verse el conocido contorno de las Américas y de África. La Luna asomaba en cuarto

creciente por detrás del borde plateado de la “tierra llena”. Era un espectáculo hermoso.

Sin embargo, el español estaba intranquilo y nervioso. Aprovechando la circunstancia de que su mujer y sus amigos le daban la espalda, Ángel se evadió del observatorio subiendo por la angosta escalerilla que llevaba al corredor superior.

Ángel cruzó el corredor, entró en un ascensor, oprimió un botón y la plataforma arrancó velozmente deteniéndose casi al instante. Al abrir la puerta el español estaba en la sala de Control. Ésta era una habitación de forma circular donde el profesor Erich von Eicken estaba vigilando la arribada del *Rayo* ante una pantalla de televisión de tres metros por lado. Con él estaban el profesor Louis Frederick Stefansson y un hombre alto, de fracciones orientales y la piel de color azul.

Más allá estaban Richard Balmer y George Paiton ante los aparatos de radio. Al escuchar el leve rumor del ascensor se volvieron, miraron al español y continuaron en su tarea de sintonizar con alguna estación emisora de la Tierra. Miguel Ángel se acercó donde estaban los dos sabios con Arxis, el hombre de raza azul. Mister Louis Frederick Stefansson le guiñó un ojo exclamando:

—¡Ya estamos en casa, Aznar!

El profesor Erich von Eicken volvió su rostro hacia el español y le sonrió.

—¿Qué dicen las mujeres? —preguntó.

—En estos momentos no tienen ojos para otra cosa que no sea contemplar la Tierra.

—Es un espectáculo verdaderamente hermoso —sonrió el alemán señalando a la pantalla de televisión, cuyo recuadro llenaba ya por completo la Tierra.

—Sí —murmuró Ángel—. ¿Pero qué sorpresas nos aguardan en nuestro mundo cuando posemos la planta en él?

—Todas las que puedan haberse sucedido en el transcurso de dos siglos en un mundo lleno de vitalidad como el nuestro —contestó el profesor alegremente—. La Ciencia y la Técnica habrán alcanzado las más insospechadas cimas. La colonización de Venus, de Marte y hasta de la Luna serán una realidad desde hace muchos siglos, y la Humanidad, eso espero, se habrá librado hace tiempo del azote de las enfermedades y del hambre.

—Pero cuando nosotros salimos de la Tierra, en el año mil novecientos setenta y dos, el Hombre Gris, que se autodenominaba raza "thorbod", había logrado establecerse en el planeta Venus y desarrollaba allí su avanzada técnica, muy superior a la terrestre. Tal vez los "thorbod", creadores de los famosos "platillos volantes", dominaron y esclavizaron tiempo ha a la Tierra y aniquilaron a la Humanidad. Es posible, en efecto, que nos encontremos con un mundo muy distinto al que dejamos al partir, pero no en el sentido de una mejora, sino tal vez todo lo contrario.

—Ya no soy tan pesimista —rechazó el profesor Stefansson—. Cuanto más viejo me siento, mayor es mi fe en la creencia de que nuestra Humanidad es en verdad el pueblo elegido de Dios para cumplir los más altos designios del Creador en el Universo.

—¿Quiere decir que nada malo puede haberle sucedido a nuestro pueblo?

En este momento Richard alzó una mano reclamando silencio. Sus ojos estaban abiertos de par en par.

—¡Oigan esto! —gritó dando vuelta a un botón.

Inmediatamente surgió del tornavoz una voz que decía en inglés:

—"¡Atención, radioescuchas! Interrumpimos nuestra emisión para darles la siguiente noticia. Una nueva estrella acaba de aparecer en nuestros cielos y se acerca a la Tierra con velocidad cada vez menor. Tal comportamiento en lo que parece un aerolito ha sembrado el desconcierto entre los sabios del observatorio de Monte Palomar. Esperamos impacientes sus noticias y anticipamos a nuestros oyentes la seguridad de que éste no es un aerolito corriente. Como todos, su final era forzosamente incendiarse en la atmósfera de la Tierra al chocar con las capas de aire con tremenda velocidad. Sin embargo, este extraño cuerpo celeste ha frenado su marcha y ha comenzado a describir una órbita alrededor de la Tierra. Si las noticias se confirman, esto parece indicar que el mundo contara con un nuevo satélite a partir de hoy. Continuamos con nuestra emisión de música ligera."

La voz dejó de hablar y en su lugar se oyó el chillido estrepitoso de una música. Miguel Ángel se volvió hacia el profesor Erich von Eicken.

—Ese aerolito avistado desde la Tierra es nuestro orbimotor —dijo el sabio sonriendo.

—¿Estamos ya dentro de nuestra órbita?

—Sí. Estamos situados ahora a diez mil millas sobre la superficie de la Tierra. Continuo frenando nuestro impulso para dar al *Rayo* la misma velocidad de nuestro planeta en su giro alrededor de su eje, de forma que nos mantengamos siempre sobre Nueva York.

Miguel Ángel asintió. Habían acordado de antemano no descender con el autoplaneta hasta tierra, al menos mientras no tuvieran la seguridad de ser bien recibidos por los neoyorquinos.

El *Rayo*, con sus 113.097.600 toneladas de desplazamiento, era capaz de posarse sobre las aguas de la bahía de Nueva York con la suavidad de una pluma gracias al material especial de que estaba construido. Este material sólo podría encontrarse en el mundo donde fue construido y reunían varias y valiosas cualidades.

Bajo una inducción eléctrica de onda especial, el material de que estaba construido el *Rayo* adquiría la propiedad de repeler la fuerza de atracción de las masas. Haciendo más intensas o más débiles estas inducciones, el autoplaneta podía elevarse un pie o una milla a voluntad. Si se suprimía totalmente la carga eléctrica, el *Rayo* era atraído hacia la Tierra, pero si se aumentaba la potencia de las descargas eléctricas, el autoplaneta saldría disparado hacia los cielos hasta que la fuerza repulsiva que le separaba de la Tierra quedara sin efecto por la distancia.

El *Rayo*, pues, no necesitaba de ningún motor especial para posarse donde quisiera. Para su traslación en el espacio sideral, aquella maravillosa máquina disponía de ultrapotentes motores atómicos capaces de llevarle de un planeta a otro con velocidades iguales a las de la aceleración de la gravedad[1].

Al acortar la distancia que le separaba de Nueva York, llegaron hasta los aparatos receptores del *Rayo* gran número de mensajes y de programas musicales. El profesor Erich von Eicken, con los ojos fijos en los indicadores del monstruoso cuadro de mandos, anunció:

—¡Listos! ¡Ya estamos como quien dice anclados sobre la Tierra y podemos prepararnos a bajar!

Se oyó el suave rumor del ascensor. Las puertas se abrieron y Bárbara, Else von Eicken y Harry Tierney irrumpieron en la sala de control con las pupilas llenas de alegría. Bárbara corrió a abrazar a su marido exclamando:

—¡Ángel, cariño… estamos en la Tierra… en casa como quien

dice! ¿No te alegras? ¿Qué te ocurre?

—Estoy preguntándome si quedará en pie ninguna de las casas que tú y yo hemos habitado juntos o por separado, Bárbara.

Las glaucas pupilas de la joven se ensombrecieron. Un velo de lágrimas las cubrió.

—¡Es verdad! —suspiró.

—¡Eh! ¡Eh… miren eso! —gritó Richard Balmer señalando hacia la pantalla de televisión.

Un punto plateado, moviéndose con extraordinaria rapidez en la pantalla, ofrecía la curiosa sensación de estar acercándose a la sala de control por una ventana abierta sobre el espacio.

—¡Un aparato! ¡Un aparato terrestre! —gritó George con voz triunfal—. ¡Sale a darnos la bienvenida!

—O a saludarnos con un cañonazo —gruñó Miguel Ángel.

El objeto brillante, creciendo de tamaño con asombrosa rapidez, continuó acercándose al *Rayo*. Iba recto como una bala contra el autoplaneta, y cuando parecía que iba a estrellarse dentro mismo de la sala de control viró bruscamente hacia la derecha saliendo de la pantalla por uno de los ángulos. En tan corto espacio de tiempo los astronautas pudieron ver que se trataba de un aparato de forma desconocida en la Tierra, cuando menos, desconocida al partir este grupo de intrépidos terrestres hacia Venus[2].

—¡Un platillo volante! —exclamó Bárbara echándose a temblar.

—¡Me lo temía! —añadió Richard dando una patada en el piso —. Los condenados hombres grises acabaron por conquistar a la Tierra y son ahora los amos y señores.

—No nos precipitemos —recomendó el profesor von Eicken yendo hasta el cuadro de mandos y oprimiendo un botón—. El aparato que acabamos de ver parece uno de aquellos platillos volantes que tanto dieron que hablar a partir del año mil novecientos cuarenta y siete… “pero no es un platillo volante”. Al menos, no es como los que nosotros conocimos en Venus.

—Será un modelo diferente —gruñó Richard—, pero conozco a la legua la atrevida técnica de los hombres grises. Ese aparato no ha sido creado por nuestros coterráneos.

—¿Qué sabe usted? —masculló mister Stefansson—. Por lo visto no tiene en cuenta que ha transcurrido más de dos siglos en el tiempo que estuvimos en el planeta Ragol[3]. Lo que acabamos de

ver es un aparato especialmente creado para volar fuera de la atmósfera terrestre. Y usted sabe tan bien como yo que no hay forma más inteligente para un aparato de esa clase, que se ha de manejar donde no hay aire ni cosa parecida, como la de un plato, sean cuales fueran sus modalidades.

El botón que pulsó el profesor von Eicken acababa de hacer sonar la señal de alarma en todo el autoplaneta. Los sesenta y tres hombres azules que habían optado por seguir a los terrestres en su arriesgado viaje de retorno a la Tierra estarían corriendo ya hacia sus puestos de combate. Ahora, sólo faltaba que se apretara otro botón para que automáticamente se apuntaran los proyectores de "rayos ígneos" contra el misterioso aparato aéreo que acababa de pasar junto a ellos.

Pero el profesor von Eicken no apretaría aquel botón, no dejaría en libertad de acción a las máquinas especializadas en el combate, a menos de tener la seguridad de que el platillo volante llevaba intenciones hostiles. En su lugar movió varios mandos y la pantalla de televisión se apagó y volvió a encenderse trasladando el campo visual al Polo Norte del autoplaneta. Entonces pudieron ver nuevamente al aparato aéreo. Estaba como suspendido sobre el *Rayo*, navegando a su misma velocidad y, al parecer, examinándole con cuidado.

—Richard —dijo volviéndose hacia el radiotelegrafista—. Vea de entrar en contacto por radio con ese aparato.

El muchacho obedeció yendo a situarse ante los potentes aparatos receptores del *Rayo*.

—¡Aquí autoplaneta *Rayo*! ¡Autoplaneta *Rayo* al habla! ¡Conteste el platillo volante! ¡Conteste el platillo volante! —repitió varias veces con monótona voz.

El platillo volante, mientras tanto, se apeó de las alturas y se situó a un costado del *Rayo*. Luego le dio una vuelta completa y volvió a subir. El aparato de televisión le seguía automáticamente en todas sus evoluciones, porque una vez captada una imagen, el dispositivo mecánico del receptor le mantenía siempre dentro de su campo visual. Finalmente llegó la contestación del misterioso platillo volante. Era una voz clara hablando en inglés:

—¡Aquí giróscopo sidéreo de la Flota Aérea de los Estados Unidos de Norteamérica! ¿Quién habla?

—Richard Balmer, ex sargento de la Air Force —respondió el operador del *Rayo*—. Somos los tripulantes de ese globo que tanto parece llamarle la atención a usted… si es usted el platillo volante, giróscopo sidéreo o como mil diablos llamen ahora al aparato que nos está mareando con tantas vueltas.

El tornavoz dejó oír una exclamación de asombro. Por espacio de un largo minuto los altavoces permanecieron mudos. Tanto fue así que Richard Balmer volvió a tomar la palabra diciendo:

—¡Oiga, platillo! ¡Atención, platillo! ¡Conteste! ¿Me oye usted?

—¡Sí… sí… le oigo perfectamente! —contestó débilmente la voz del sidéreo aviador—. Es que… ¿Son americanos?

—¡Pues ya lo creo! —exclamó Richard con una risotada.

—Perfectamente. Tengo orden de inquirir la nacionalidad de ustedes y de comprobarla. Están ahora rodeados por la Séptima Flota Aérea de la Segunda División Aérea. Les tenemos enfilados con nuestros cañones, de modo que no intenten escapar ni lleven a cabo ningún acto hostil. Prepárense para tomar tierra…

—¡Eh, amigo! —exclamó Richard alzando una mano, como si tuviera ante sí al aviador—. ¿Ésa es toda la cortesía que sabe emplear la fuerza aérea de los Estados Unidos para con unos cuantos de sus viejos soldados? ¿Qué significa eso de que nos tienen enfilados con sus cañones? ¡Podemos tumbarles a todos ustedes como mosquitos solamente con apretar un botón!

—¿Disponen ustedes de televisión? —preguntó la voz.

—¡Pregunta si tenemos televisión! —exclamó Richard volviéndose hacia Miguel Ángel y todos los que estaban pendientes de su conversación por radio. Y volviendo a pegar la boca al micrófono aulló—: ¡Oiga, amigo! ¿Por quién nos ha tomado usted? ¡Llevamos televisión y algunas cosas más! ¿Qué se ha creído?

—Muy bien. Allá va mi imagen. Sírvanse mandarme la suya.

Sobre la pantalla mucho más pequeña que la que vigilaba todos los movimientos del platillo volante se proyectó la monstruosa escafandra del aviador sidéreo. La pantalla estaba ante Richard, quien dio un salto de sorpresa ante aquel monstruo. El profesor Stefansson había puesto a su vez en marcha la emisora de televisión y el piloto del platillo debió de verles en este instante, pues lanzó una exclamación seguida del sabroso comentario:

—¡Córcholis, pues son hombres de verdad!

—¿Podría usted decir lo mismo? —refunfuñó George acercándose al micrófono—. ¿Qué hay dentro de esa escafandra?

—Hay un coronel de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos de Norteamérica —aseguró el tornavoz con cierta irritación.

—¡Atención! —llamó el coronel norteamericano—. ¿Pueden recibirme a bordo de su aparato?

Miguel Ángel se anticipó a Richard diciendo ante el micrófono:

—Tendremos mucho gusto en recibir su visita. Pósese sobre el anillo que rodea a nuestra esfera. Le abriremos las puertas de una cámara para que su aparato pueda entrar en nuestro autoplaneta.

—Escuchen, ¿por qué llaman a ese extraño globo autoplaneta?

—Ya habrá advertido usted que nuestro aparato recuerda la forma de Saturno. Éste es, en realidad, un pequeño planeta construido por la mano del hombre, un planeta con movimiento de traslación propio, no sujeto a ninguna influencia de las leyes universales que rigen a los mundos naturales. Éste es nuestro mundo particular, ¿comprende?, y por eso le llamamos "autoplaneta".

—Muy interesante. Me contarán todo eso en cuanto entre en su aparato. Me dispongo a aterrizar… aunque no sé si será apropiada la palabra, porque su autoplaneta no parece de tierra ni de roca. Les advierto que vengo respaldado por doce aparatos más…

—Ya los estoy viendo —sonrió Ángel echando una mirada sobre la pantalla de televisión grande—. Puede echar amarras en nuestro aparato sin recelos, coronel.

La monstruosa escafandra se disipó sobre la pequeña pantalla.

—Vayamos a recibir a nuestro huésped —dijo Miguel Ángel. Y recomendó a Richard—: Quédate aquí y ve dirigiendo las maniobras del coronel.

Salieron en grupo de la cabina de control, tomaron uno de los ascensores y unos segundos más tarde se detenían en el piso superior. El piso superior del autoplaneta cortaba en dos mitades la esfera. Simétricamente distribuidos en el espacio circular de 282.741 metros cuadrados, se levantaban hasta arañar las paredes cóncavas de la esfera cuatro esbeltos y sólidos "rascacielos" de sesenta pisos y doscientos metros de altura cada uno. Los cuatro edificios dejaban en su centro una anchurosa plaza. Detrás, en el espacio que quedaba libre entre los "rascacielos" y las paredes de la

esfera, podían verse gran número de aeronaves cohete. Los dos ascensores que, partiendo del Polo Sur del autoplaneta llegaban a su Polo opuesto, se elevaban como lanzas en mitad de la enorme plaza hasta perderse en las alturas de vértigo. Al salir del ascensor, Ángel se encontró con Thomas Dyer y Edgar Ley.

—¿Han visto ese aparato? —les preguntó Ángel.

—Sí, antes de que sonara la señal de alarma. ¿Qué ocurre? —respondió Edgar Ley—. ¿Viene en son de guerra?

—No. Es un aparato de las fuerzas aéreas norteamericanas y vamos a recibirle a bordo. ¿Hay alguien en el observatorio de arriba?

—Sí, hay allí dos muchachos *saissais*[4].

Ángel tomó un teléfono contiguo al ascensor y se puso en comunicación con los dos vigías.

—El platillo acaba de posarse sobre el cuadrante segundo —dijo colgando el teléfono—. Vamos a abrir la cámara de aquel lado.

Alineados a cinco metros de la pequeña esfera que se levantaba en el centro de la enorme plaza, habían hasta cinco extraños automóviles. Estaban construidos de material plástico y sólo tenían dos ruedas, una anterior y otra posterior. Nuestros amigos ocuparon dos de estos aerodinámicos coches para cubrir con mayor rapidez los trescientos metros que les separaban de las paredes del *Rayo*. Eran unos coches cómodos, limpios y silenciosos, con motor eléctrico.

Los dos automóviles atravesaron la anchurosa plaza, pasaron entre dos rascacielos, luego entre una formación de largos y aerodinámicos aviones y se detuvieron ante unas enormes puertas de acero. Ángel tiró de una palanca. Allá fuera, aunque no lo veían por obstruirles la vista la colosal cámara neumática, se abrió una compuerta.

El platillo volante norteamericano había sacado, no se sabe de dónde, tres largas patas rematadas con pequeñas ruedecillas. Rodando suavemente, el platillo se acercó a la cámara. Una luz verde se encendió indicando que el aparato ya estaba dentro en la cámara. Ángel volvió la palanca a su sitio y ordenó a Thomas:

—¡Aire!

El fornido hombretón apretó un botón y vigiló la aguja del manómetro que indicaba la presión atmosférica dentro de la

cámara.

Solamente minuto y medio invirtieron los compresores en inyectar oxígeno en la cámara hasta que su presión fue la misma del interior del autoplaneta.

—¡Listo para la recepción!

Miguel Ángel invirtió la posición de la palanca y las gruesas puertas se abrieron dejando ver en el interior, espléndidamente iluminado con luz fluorescente, el reluciente platillo volante norteamericano. Nuestros amigos se precipitaron dentro de la cámara rodeando al curioso aparato con ansiedad.

Una sección de la parte inferior del platillo cayó hacia afuera formando una escalerilla y por ésta descendió, con movimientos lentos y torpes, una figura de acero monstruosa. Ángel y George se adelantaron para ayudar a bajar al coronel americano. En cuanto éste estuvo abajo se desabrochó los guanteletes de acero y empezó a aflojar los tornillos que mantenían su pesada escafandra sujeta a los hombros.

Con la ayuda de nuestros amigos, el aviador americano pronto estuvo libre de su molesto caparazón. Lo primero que vieron George y Ángel fue una barbilla enérgica y sonrosada. Luego una boca, una naricilla graciosa y, finalmente, un par de soberbios ojos grises.

—¡Una mujer! —exclamó George admirado.

—¡Uf! —respondió la joven al verse libre de la escafandra.

Sus ojos acerados se clavaron sucesivamente en las caras expectantes de quienes les rodeaban. Se detuvieron con asombro en Bárbara y Else, y exclamó señalando sus vestidos:

—¿Pero de dónde han sacado ustedes esos trajes? ¿Qué pasa aquí? ¿De dónde vienen ustedes?

Por un momento nadie contestó. Finalmente, Ángel se humedeció los resecos labios con la punta de la lengua y explicó:

—Verá usted, coronel. Acabamos de regresar de una expedición sidérea que ha durado algo más de dos siglos.

La coronel de las fuerzas aéreas norteamericanas abrió unos ojos como platos al exclamar:

—¿En mil novecientos setenta y dos dice? ¡Oh! Vivimos ahora en el año dos mil cuatrocientos dos.

Nuestros amigos miraron fijamente a la aviadora, resistiéndose a creer en lo que estaban escuchando, pese a haber estado esperando

una cosa así.

—¡En el año dos mil cuatrocientos dos…! —murmuró Ángel.

A su vez, la aviadora dejó escapar una exclamación de asombro al ver el interior del autoplaneta y avanzó unos pasos contemplando muda de admiración aquella fantástica ciudad encerrada en una esfera de acero.

—¡Cielos! —murmuró posando su mirada gris sobre cuantos objetos la rodeaban.

Bárbara Watt, arrancándose de su estupor, alcanzó a la coronela norteamericana y la tomó de uno de los férreos brazos de su armadura.

—Respecto al año en que vivimos… ¿de veras ha pasado tanto tiempo desde mil novecientos setenta y dos?

—¿Fue en ese año cuando ustedes salieron de la Tierra?

—Sí…

—Entonces van a encontrar el Mundo bastante cambiado.

—¡Estupendo! —exclamó mister Louis Frederick Stefansson restregándose las manos con entusiasmo—. ¡Estupendo!

—¿Cómo puede decir que es estupendo? —protestó Bárbara—. ¿Qué puede encontrar de bueno en un mundo que no es el nuestro, donde no quedará ni átomo de las ciudades que conocimos, ni cenizas… ni siquiera memoria de nuestros parientes, padres, hermanos y amigos?

—Siempre soné en poder dormir un sueño de siglos y despertar a una vida supermoderna… Creo que todos lo soñamos alguna vez y nosotros lo hemos realizado.

—¿No comprende lo que acaba de ocurrirnos? Prácticamente, acabamos de morir para nacer a una nueva y extraña vida. ¡Hace cuatrocientos treinta años que morimos! —sollozó la joven.

CAPÍTULO II

MISS INA PEATTIE HACE HISTORIA

Miss Ina Peattie, coronel de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos de Norteamérica, resultó ser una buena moza luego que se hubo desembarazado de su pesada armadura metálica. Llevaba los cabellos rubios cortados en una corta melenita estilo paje. Sus largas y esculturales piernas las llevaba enfundadas en una especie de calzones de un tejido de color azul celeste. Una chaquetilla corta le ceñía el busto. La chaquetilla era de un verde pálido, con un águila de crispadas garras bordada en oro a la espalda y las insignias de su mando en las charreteras de acero sobre los hombros. Altas botas de un encendido color púrpura le cubrían desde el pie hasta las rodillas.

En conjunto, el aspecto de la coronela no podía ser más detonante a la vista. Con la coronela venía en el platillo volante otra aviadora que no llegó a apearse. Ina Peattie le entregó una nota escrita apresuradamente en un papel y rogó a Miguel Ángel que realizaran las maniobras preliminares para que el platillo pudiera regresar a su base.

En cuanto la aeronave estuvo fuera y se elevó reuniéndose con la flotilla que les esperaba dando vueltas alrededor del *Rayo*, Ina Peattie fue con sus compatriotas a recorrer el autoplaneta y luego se sentó a la mesa con ellos para despachar una sabrosa comida a base de carnes, huevos, pescados, verduras y frutas. Ina había visto en su recorrido a los hombres azules que constituían la tripulación del *Rayo* y se mostró extrañada de su presencia aquí.

—¿De dónde los recogieron? —preguntó—. ¿De Venus?

—No —respondió Miguel Ángel. Y a continuación preguntó sorprendido—: ¿Cómo sabe que en Venus hay hombres de raza

azul?

—Cualquier niño lo sabe —sonrió la coronela—. Naturalmente, hemos visitado ya todos los planetas vecinos.

—Debí de suponerlo —murmuró Ángel—. Los viajes interplanetarios deben de ser en la actualidad cosa corriente.

—Bastante corriente —confirmó Ina con su luminosa sonrisa.

—Cuéntenos, coronel. ¿Qué ha pasado en el mundo durante nuestra ausencia? —preguntó mister Stefansson.

—Muchas cosas, desde luego; pero antes de ponerles al corriente de la marcha de los acontecimientos en el planeta Tierra, me gustaría saber de dónde "salen" ustedes con ese estupendo aparato. La técnica terrestre adelantó mucho en cuatro siglos, pero todavía no ha construido un pequeño planeta autónomo como éste. ¿Lo fabricaron ustedes? ¿De qué mundo supercivilizado llegan ahora tras cuatro siglos y medio de ausencia?

Nuestros amigos tuvieron que narrar al coronel de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos sus múltiples aventuras desde que un día, hacía de ello cuatrocientos treinta años, salieron de la Tierra en una aeronave llamada "Lanza" y que era, en aquellos remotos tiempos, un considerable adelanto con respecto a sus iguales.

El rubio coronel escuchó toda la historia del principio al fin, salpicándola de pintorescas exclamaciones de admiración y gestos de infinito asombro.

—Ahora le toca a usted la vez de contestar a nuestras preguntas. ¿Podría hacernos una síntesis de los principales acontecimientos mundiales de estos últimos siglos? —preguntó Harry Tierney.

—Procuraré hacerlo sin anticipar unas fechas a otras —sonrió el coronel femenino—. Tenga en cuenta que son cuatro siglos y medio de historia…

Ina Peattie principió su relato teniendo pendiente de sus labios a todos los tripulantes del autoplaneta. La Era Atómica, comenzada en mil novecientos cuarenta y cinco con la terminación de la Guerra Mundial, se distinguía por los siguientes hechos:

—En mil novecientos setenta y tres los Estados Unidos habían retirado definitivamente sus ejércitos del sudoeste asiático, abandonando a su propia suerte a Vietnam y Laos. La doctrina maoista se extendió como una mancha de aceite, alcanzó a Birmania, la India y Pakistán, y conquistó a los países árabes hasta

la cuenca del Mediterráneo. La Unión Soviética se veía así cercada y amenazada en todas sus fronteras, y previendo un futuro funesto declaró la guerra a China. Así estalló la que conocemos por Primera Guerra Atómica. Fue una guerra extremadamente cruel, librada casi exclusivamente con missiles transcontinentales de cabeza atómica, calculándose que hubo más de trescientos millones de víctimas. El Cairo, Alejandría, Ankara, Damasco, Túnez, Argelia, Nueva Delhi, Calcuta, Hong Kong y todas las grandes ciudades de China fueron literalmente borradas del mapa. Sin embargo, en proporción fueron mayores las pérdidas de la Unión Soviética, cuyos habitantes vivían más concentrados alrededor de las grandes ciudades industriales. Pero la victoria final se la apuntó la Unión Soviética. Por este tiempo, norteamericanos y rusos habían puesto sus plantas en Venus, descubriendo que este planeta estaba habitado por una raza de hombres azules llamados "saissai". Pero también por los Hombres Grises o "thorbod", los tripulantes de aquellos enigmáticos "platillos volantes" que tanto intrigaron a los terrícolas a partir de la mitad del siglo. Los "thorbod"…

—Los "thorbod" habían llegado desde un remoto lugar del cosmos y se establecieron en Venus sojuzgando a los "saissai" —interrumpió el profesor Stefansson.

—¿Conocían ustedes la historia de la Tierra desde que partieron de ella? —preguntó Ina Peattie.

—No. Pero esa parte de la historia de Venus, sí. Puede usted continuar su relato, por favor.

—Bien. Los "thorbod" opusieron una resistencia tenaz a la penetración de los terrícolas en Venus. Pero ayudados por los nativos, que veían en nosotros una raza hermana que se presentaba bajo la aureola de libertadores, pudimos tras larga disputa arrojar a los "thorbod" de Venus.

—¿Se marcharon definitivamente de nuestra galaxia? —preguntó Aznar.

—No. Simplemente se trasladaron al planeta Marte, al cual después de tres siglos de esfuerzos han transformado en un mundo completamente distinto —prosiguió Ina Peattie—. Hasta aquí, rusos y norteamericanos imponían su ley en el orbe. Pero otros pueblos, a costa de sacrificio y trabajo, luchaban por sacudirse la hegemonía de las dos grandes potencias. El único que estaba en condiciones de

conseguirlo eran los países de América Latina, que tenían en común su lengua, su religión y su cultura. España propuso a sus hermanos del otro lado del Atlántico constituir una federación, y aunque Estados Unidos opusieron gran resistencia, uno tras otro los países latinoamericanos fueron sumándose a la Federación Ibérica. Por este tiempo los españoles llegaron a Venus y fundaron allí su primera colonia. Por cierto, señor Aznar. ¿Su apellido no es de ascendencia española?

—Sí. Soy español, nacido en España de padres españoles —dijo Aznar.

—Encontrará usted muy cambiado su país. Pero sigamos en la Historia. Los chinos no habían renunciado a recobrar su prestigio de superpotencia, mientras que por otro lado guardaban toda su carga de odio concentrado contra la Unión Soviética. Los japoneses, tradicionalmente enemigos de los chinos, también tenían una buena dosis de resentimiento contra americanos y rusos, en cuyos mercados no les era permitido entrar. Japón tenía que inclinarse necesariamente hacia China, y finalmente entró en una confederación con ésta. La Confederación Asiática empezó a ensancharse rápidamente con la incorporación de otros países que habían sufrido igualmente la destructora represalia de las bombas soviéticas. En la segunda confrontación entre la Unión Soviética y la Confederación Asiática, las hordas amarillas pasaron como un rodillo a través de toda Eurasia y no se detuvieron hasta llegar a los Pirineos. Los Estados Unidos pudieron haber influido en el resultado de la contienda de haber acudido en ayuda de los rusos, pero no lo hicieron, y éste fue su gran error. Por aquel entonces la política norteamericana tenía sus ojos fijos en Venus. Liquidados los intereses rusos en Venus, los Estados Unidos absorbieron las colonias soviéticas y se vieron frente a los latinos. Ocurría que los norteamericanos, sintiéndose poco firmes aquí en la Tierra, buscaban en Venus la continuación de su gran imperio, ensanchado al agregárseles el Canadá y Australia. La Federación Ibérica protestó y finalmente surgió la guerra. Fue lo que pudiéramos llamar una guerra "de guante blanco". Tanto la Federación Ibérica como los Estados Unidos mantuvieron su palabra de no utilizar bombas atómicas. También se llamó la "guerra de los botones", porque en ella intervinieron principalmente aviones y carros de combate

dirigidos por control remoto. Con todo fue una guerra ruinosa para ambos bandos, pues aunque se perdieron relativamente pocas vidas humanas, supuso un desgaste fabuloso para la industria. Aquí, la Federación Ibérica nos sorprendió mostrándose técnica e industrialmente a nuestra misma altura. Tuvimos que admitir que los execrados latinos eran ya una superpotencia, se firmó la paz y se reconocieron los derechos de la Federación en Venus. La cuarta guerra…

—¡Demonio! —exclamó George Paiton—. ¡Y pensar que en mil novecientos cuarenta y tantos los vencedores de Alemania constituyeron la ONU, y aseguraron formalmente que no habría más guerras en lo futuro!

—Desde entonces las ha habido… y continuarán habiéndolas. Sólo les he relatado a ustedes las guerras mayores. He omitido las rebeliones y guerras locales por los más remotos rincones de la Tierra para no aburrirles. Cuatro grandes guerras jalonan la Era Atómica y pronto nos veremos envueltos en otra mucho más grave si Dios no lo remedia. Sobre la faz de la Tierra sólo quedan tres grupos raciales dominantes: La raza amarilla, agrupada bajo la bandera del Imperio Asiático; la raza negra, hoscamente encerrada tras las alambradas de sus fronteras bajo el signo de la Unión Africana, y la raza blanca, hispanos y sajones, formando dos fuertes bloques bajo la denominación de Estados Unidos de América y Federación Ibérica. La raza negra guarda de sus relaciones con la blanca amargos recuerdos de dominación e injusticias. La raza amarilla nos aborrece. Si África se uniera a la Eurasia y Oceanía contra nosotros… ya pueden imaginarse lo que ocurriría.

—¿Nos vencerían? —preguntó Bárbara anhelante.

Ina Peattie sonrió conmiserativamente.

—En una guerra futura no pueden haber vencidos ni vencedores. Contamos con medios suficientes para hacer volar al mundo en pedazos si llega el caso —aseguró con firmeza.

—¿Quiere decir que cuando consideraran perdida su partida arrasarían la Tierra? —preguntó Else von Eicken estremeciéndose de horror.

—Ustedes llegan ahora de un planeta inmensamente lejano y no podrán comprender esto mientras no vivan algún tiempo en el mundo actual. Si volviera a estallar la guerra sería total, sin

limitaciones de armas ni de medios. Guerra de aniquilamiento… de exterminio. La raza amarilla y la blanca no caben ya sobre el mismo planeta, ni siquiera en la misma galaxia. Ellos persiguen incansables un objetivo: aplastar nuestra raza hasta que no quede un hombre, una mujer, ni un niño cristiano de piel blanca. Si fuéramos vencidos en una guerra podíamos considerarnos perdidos sin remisión. Comprenderán así que antes de consentir en que se nos ejecute en masa, una vez vencidos en el campo de batalla, optemos por un heroico autosacrificio. Nosotros y con nosotros nuestra civilización, seremos aniquilados, pero con nosotros desaparecerán también los amarillos… ¡toda la Humanidad!

—¡Dios mío! —gimió Bárbara horrorizada—. ¿Pero es posible que ocurra una cosa tan… tan… espeluznante?

—Ocurrirá con toda seguridad después de que hayan ardido en la hoguera de la guerra nuestro último avión y nuestro último soldado.

Un largo silencio, en el que palpitaba el horror, siguió a las palabras del coronel norteamericano.

—Esperemos que nunca estalle esa guerra —suspiró mister Erich von Eicken—. La humanidad no puede haber llegado a un grado tal de locura y fanatismo. El sentido de conservación tiene que triunfar siempre sobre todo lo demás. Es una ley natural. Si los amarillos saben que una nueva guerra con el Occidente puede traer la destrucción común, reprimirán sus ardores combativos ante el miedo a perecer igualmente en la hecatombe. ¿Les han amenazado con la destrucción total?

—Naturalmente que les hemos amenazado, pero no han hecho el menor caso. Se ríen de nosotros diciendo que tenemos demasiado apego a la vida para autosacrificarnos, aunque nos llevemos con nosotros a nuestros enemigos. Por lo demás, el experimento que demostraría la posibilidad de desencadenar una reacción nuclear en cadena no es factible. Nadie ha probado todavía que eso se pueda hacer. El primero y último de esos experimentos se llevará a cabo en la Tierra. Nadie podrá ver luego sus resultados, excepto los habitantes de Venus y Marte. Nosotros, los inventores, estaremos convertidos en polvo cósmico en un abrir y cerrar de ojos.

—¡Vamos… vamos! —rió mister Stefansson moviendo sus escuálidos brazos como aspas de molino—. Dejémonos de

atormentarnos con ideas tan diabólicas. Las cosas no irán tan lejos. ¿Qué pretextos esgrimen ahora los imperios del Asia para promover otra guerra? ¿Son ellos realmente los provocadores, o somos los blancos queriendo reivindicar nuestras colonias venusinas?

—Señor mío —dijo Ina Peattie con asombroso aplomo—, usted no tiene idea de cómo ha evolucionado la Humanidad. Ya no se necesitan pretextos para emprender una guerra. Ya nadie oculta sus propósitos bajo el antifaz de ninguna razón. Si el Imperio Asiático quiere la guerra no tiene que esperar a nada. La empieza procurando pillar desprevenidos a sus enemigos y en paz. Quien da primero da dos veces, ése es el lema.

—Entonces, y sabiendo lo que se les viene encima… ¿por qué no pegan los Estados Unidos primero en lugar de esperar a ser aporreados? —refunfuñó Richard Balmer.

—Nosotros tenemos nuestro lema: "Vivir y dejar vivir". Aunque la raza amarilla nos adeuda una considerable cuenta de humillaciones y traiciones estamos dispuestos a olvidarlo y a empezar de nuevo, ¡siempre a empezar a vivir de nuevo! Hemos alcanzado el grado de civilización justo para liberarnos del castigo que el Creador arrojó sobre nuestros primeros padres: "Ganarás el pan con el sudor de tu frente". Gracias al maquinismo de esta era supercivilizada podríamos vivir cada cual en nuestro país sin necesitar del vecino. Ya no quedan pretextos comerciales para emprender una guerra. Cada nación puede atender a la alimentación de sus ciudades con exceso. Antes, las máquinas desplazaban a los hombres y éstos se encontraban en el paro forzoso. Ahora tenemos un Servicio de Trabajo Obligatorio. Cada hombre y mujer de los Estados Unidos trabaja seis años y vive el resto de sus días sin trabajar…

—¡Córcholis! —exclamó Richard pegando un enorme brinco en su silla—. ¿Ya estamos ahí?

—El Estado, que es el único dueño de las fábricas, de las máquinas, de los edificios, centros de distracción y demás, atiende al sustento de todos sus súbditos. Les proporciona habitación, comida, ropas, muebles, distracciones y centros de cultura. Hace tiempo que desapareció el dinero. Cada cual va a los almacenes y toma nada más que lo que necesita. Sobra de todo para todos. ¿Qué más podemos pedir? Cada cual es libre de ir y venir por donde le

plazca. Hemos caído en la vulgaridad, es cierto, pero suprimida la ambición, cualquiera puede vivir tranquilo si se limita a lo imprescindible y a cooperar en el bienestar común.

—¡Oh! —gimió George agarrándose la cabeza—. ¡Este mundo debe de ser un asco! ¡Lo imprescindible es lo oneroso. Lo superfluo es lo agradable! ¿Cómo pueden vivir vistiendo todos igual, siendo todos pobres, teniendo todos los mismos derechos y las mismas obligaciones?

La rubia coronela dejó caer sobre George su luminosa sonrisa.

—En los Estados Unidos y en la Federación Ibérica no se puede vivir de otro modo. Quien no quiera sujetarse a esas reglas, quien atente contra la felicidad común, es llevado a la Luna y se le deja allí algún tiempo hasta que haya madurado bien sus ideales.

—O sea, que el Estado policía lo rige todo. Hasta los ideales y los pensamientos han sido forzados a encauzarse por una línea recta.

—Creo que así ocurre, en efecto. Pero esto es como todas las cosas. A nuestros antepasados les debió costar mucho conformarse a la supresión de la personalidad y de la propiedad individual. Nuestra generación adaptada a este estado de cosas vive contenta y feliz.

—¿Comunismo?

—Cristianismo —dijo la coronela sonriendo—. Ésta y no otra es la diferencia existente entre Oriente y Occidente. Diferencia de ideologías que dan un diferente modo de vivir. Aquí el orden, la paz y la felicidad. Allá el desorden, la lucha por sobrevivir sobre los demás y, por consiguiente, la inestabilidad e intranquilidad. La horda amarilla, sin los principios básicos cristianos de mutuo respeto, se agita arrastrada por sus malas pasiones. Todos quieren chupar más que el individuo inmediato, aunque ya estén hartos. No se conforman con lo que tienen. Propugnan la ley del más fuerte sobre el más débil, y sólo el temor y el castigo es capaz de hacerles retroceder. Por eso les llamamos la horda amarilla. El tiempo libre que nosotros ocupamos en recrear nuestro espíritu lo emplean ellos en planear guerras y nuevas conquistas. Es la imperiosa necesidad humana de entregarse a la actividad lo que les empuja hacia la locura. Nosotros, con nuestra intensa vida espiritual, ocupamos esa necesidad de actividad en el estudio y la reflexión.

—¡No siga! —cortó Richard alzando una mano—. Me imagino perfectamente cómo debe de ser ahora el mundo. La gente vive tumbada a la bartola durmiendo o mirando el vuelo de las moscas, pensando en las musarañas. ¡Qué aburrido!

Ina Peattie se echó a reír con argentinas carcajadas.

—En primer lugar, mister Paiton, no quedan moscas en el mundo. Las exterminamos todas, así como a los mosquitos. En segundo lugar, la vida en nuestras ciudades es más activa de lo que usted cree. En realidad nos falta tiempo para acudir a todo. Se levanta uno tarde o temprano, a voluntad, y puede ir a tomar el sol leyendo la gaceta que el municipio da de balde. Nunca la literatura, las artes ni las ciencias alcanzaron tan alto desarrollo como ahora. Sin embargo, no todas nuestras actividades son intelectuales. Cada mañana, todos los días del año, puede ver usted en el Parque Central a medio millón de neoyorquinos haciendo gimnasia. Todos practicamos varios deportes. Las ligas de fútbol, tenis, ajedrez y mil más no acaban nunca. Competiciones deportivas de toda especie nos ocupan a la mayoría de nosotros hasta bien entrada la tarde.

—Y luego se van al cine —dijo Richard.

—Cierto. Quien quiere se marcha al cine, a una conferencia, a la biblioteca municipal o al teatro. Los artistas trabajan por simple amor al arte… y sobran voluntarios. En fin, como no acabaría nunca de relatarles nuestra forma actual de vivir, les propongo que me acompañen y lo vean por sus propios ojos. La presencia de este autoplaneta sobre los cielos de los Estados Unidos tiene que haber causado tremenda sensación, y el estrépito será todavía mayor cuando se sepa que viene tripulado nada menos que por terrestres del siglo veinte. Les auguro una larga temporada de ajetreo. Tendrán que recibir la visita de los periodistas municipales y del Gobierno, mostrarse ante las pantallas de televisión y mostrarse al público en varias conferencias. Tenemos el tiempo justo para aterrizar en la base interplanetaria de Nueva York antes de que se ponga el Sol.

Nuestros amigos se levantaron de la mesa siguiendo el movimiento de la coronela de las Fuerzas Aéreas.

—¿He de llamar por radio a nuestra base para que suba a recogernos un giróscopo? —preguntó ésta.

—No hace falta —sonrió Miguel Ángel—. Uno cualquiera de

nuestros destructores nos llevará a Nueva York.

Salieron del enorme comedor y se encaminaron hacia uno de los ascensores. Miguel Ángel se quedó rezagado para dar instrucciones al capitán Arxis acerca de lo que debía de hacer el autoplaneta mientras ellos visitaban Nueva York. Cuando dio alcance al grupo, éste caminaba charlando animadamente hacia uno de los esbeltos y poderosos destructores que formaban parte de la flotilla del autoplaneta *Rayo*.

CAPÍTULO III

¡NUEVA YORK!

George Paiton y Richard Balmer ocupaban los dos sillones de los pilotos. A ciegas hubieran podido llevar el destructor cohete hasta la populosa ciudad de Nueva York. Habían soñado tantas veces en este momento que creían ser víctimas de una ilusión. Sin embargo, después de descender desde sus diez mil millas de altura, el destructor volaba sobre la línea de la costa atlántica a razón de mil quinientas millas horarias sin que se recalentara el casco en su violento frote con la atmósfera.

—¡Allá está Manhattan! —exclamó George señalando con el brazo hacia el horizonte.

—Pero no se ve ni rastro de rascacielos —gruñó Richard—. Ahora las ciudades son subterráneas. Las gentes viven como los topos. ¡Qué extraño me parece este mundo!

Tras ellos, algo inclinado hacia adelante, Miguel Ángel Aznar pensaba exactamente lo mismo. La tierra que escapaba velozmente bajo sus pies, sin apenas darles tiempo a verla, estaba cubierta de espesos bosques. Ni un solo campo cultivado avistaron, ni un ganado pastando por las verdes llanuras, ni una casa de campo solitaria. Todo aparecía desierto y selvático.

Richard frenó el enorme impulso del destructor. Estaba sobre la isla de Manhattan. Del Nueva York del siglo XX no quedaban más restos que unos dispersos montones de escombros piadosamente cubiertos por la maleza. Donde antes estuviera el barrio de Brooklyn se veía ahora una gran laguna. Los bordes del cráter formado por lo que debió ser el impacto de una bomba atómica se parecían extraordinariamente a los cráteres lunares.

Todavía quedaban algunos restos del contorno de los muelles,

donde se pudrían viejos barcos de hierro cubiertos de algas. De la estatua de La Libertad quedaba el pedestal partido en pedazos. La estatua había desaparecido cayendo al fondo del mar antes arado constantemente por miles de barcos que tampoco existían. Otros cráteres abiertos por las bombas habían formado agujeros cubiertos de agua estancada o montañas caprichosas. Era necesario hacer un poderoso esfuerzo de imaginación para poblar con la fantasía aquel desierto, dándole el aspecto que tenía cuatro siglos antes.

—¿Pero dónde está ahora Nueva York? —preguntó Richard Balmer irritado—. ¿Ya no quedan en los Estados Unidos otra cosa que bosques vírgenes, praderas solitarias y montañas de escombros?

—El actual Nueva York se trasladó más al Norte —informó Ina Peattie—. Ocupa una gran llanura a la vista de los montes Adirondacks.

El destructor dio lentamente una vuelta al antiguo emplazamiento de la desaparecida ciudad. Miguel Ángel oyó tras él el ahogado sollozo de su mujer, pero no se volvió ni pronunció palabra. A él mismo le costaba hacer un poderoso esfuerzo para que no le saltaran las lágrimas a la vista de aquella desolación espantosa. Richard Balmer, mascullando maldiciones, puso proa a los montes Adirondacks siguiendo el curso del río Hudson.

A poco se vislumbraron en el horizonte unos puntos brillantes al sol poniente. Eran aviones que se acercaron a curiosear al destructor. La coronela Ina Peattie se puso en comunicación por radio con aquellos aviones identificándose por medio de la pantalla de televisión.

Escoltado por un enjambre de veloces aviones supersónicos, el destructor llegó a la vista de Nueva York. Los ojos se abrieron, admirados.

A sus mismos pies se extendía una vasta llanura, cuyos confines se perdían en el horizonte. Se trataba de una llanura curiosamente ondulada. Desde el aire ofrecía el aspecto de un inmenso tejado de plancha acanalada donde las canales tuvieran trescientos metros de anchura y los caballones doscientos metros de altura. Por el fondo de estas canales, a todo lo largo hasta perderse de vista, corrían amplias avenidas con simétricos jardines en el centro, grupos de frondosos árboles y estanques de variadas formas. A ambos lados de los jardines centrales podían verse sendas pistas de rodaje por las

que corrían algunos pequeños y aerodinámicos automóviles y dos líneas férreas, una ascendente y otra descendente.

Por las laderas de los caballones trepaban jardines y bosquecillos, y sobre la cumbre de estas cordilleras uniformes, en encantadora mescolanza con la vegetación, veíanse amplias terrazas pobladas de mesas, sillas y toldos festoneados de alegres colores. Innumerables escalinatas ponían en comunicación estas terrazas con el fondo de las avenidas.

En algunas ocasiones, tres o cuatro de los caballones se interrumpían al mismo tiempo para dejar una enorme extensión de terreno donde se levantaba un campo de fútbol, un parque más grande que los demás o un lago artificial con orillas de rubia arena donde se apreciaban numerosos bañistas tomando el declinante sol.

Aparte de los kioscos de chillones toldos y algunos barracones de material ligero, no se veía un solo edificio en cuanto alcanzaba la vista. En cambio, eran visibles, de trecho en trecho y siguiendo la línea exasperantemente recta de los jardines del fondo de las canales, muchas cúpulas de sólida apariencia y color grisáceo hacia las que afluían regueros de gente entrando y saliendo.

—Éste es Nueva York —señaló Ina Peattie sonriendo y abarcando con un movimiento de su mano la inmensa llanura—. ¿Qué tal? ¿Les ha decepcionado?

—¡Cielos! —murmuró Else von Eicken con las azules pupilas llenas de admiración—. ¡Pero si todo es hermoso… sano… limpio… lleno de luz y de color!

—¿Pero dónde vive la gente? —preguntó George.

—Bajo tierra. Ésta es una ciudad de lo que podríamos llamar "rascatierras". Es como el antiguo Nueva York que ustedes tanto echan de menos, solamente que infinitamente mejor y más sano… y con los "rascacielos" vueltos al revés. Aquí los edificios se hunden como lanzas en el suelo en vez de elevarse en el aire.

—¡Demonio! —exclamó Thomas Dyer, moviendo como un mono su cuero cabelludo.

—Esas esferas metálicas que ven de trecho en trecho es la entrada de cada "rascasuelos". En caso de bombardeo atómico los neoyorquinos se apresuran a entrar por esas medias naranjas a sus casas, se cierran herméticamente las puertas y quedan aislados completamente del mundo exterior. Dentro de cada esfera de esas

hay varios ascensores que atraviesan los “rascasuelos” dejando a cada cual en su piso. Cada “rascasuelo” es como un refugio. Cuenta con agua y oxígeno suficiente para que nadie tenga que salir al exterior en varios años. Por debajo de nuestra ciudad corre una red de ferrocarriles subterráneos y túneles que ponen en comunicación todos los edificios. Allá abajo hay campos de deportes, piscinas, cines, teatros, salas de conferencias y, en fin, todo lo que podría encontrarse en el viejo Nueva York.

—Lo que yo decía —masculló Richard—. ¡Como los topos! Todos los habitantes de esta ciudad tendrán las caras más blancas que el papel.

—No lo crea —rió la coronela—. Nuestra iluminación subterránea es a base de luces que irradian una luz natural y tienen las mismas propiedades salutíferas que los rayos solares. A mil metros de profundidad puede usted respirar el aire más puro, cargado de oxígeno, de yodo y aromas a pino y ponerse tan negro como un caribe.

—Entonces, ¿para qué han plantado árboles, han abierto jardines y construido lagos artificiales?

—No hay necesidad de que la gente viva bajo tierra cuando se puede salir a tomar el sol y el aire natural y, sobre todo, a estirar las piernas y mirar a su alrededor sin sentir ahogo. Edificando nuestra ciudad al revés hemos conseguido dos cosas en las que ya debieran de haber pensado en el siglo XX: completa seguridad, contra los bombardeos y mayor espacio disponible para correr y solazarse. Nada de calles encajonadas entre altos edificios. Nada de atmósferas enrarecidas por el humo del carbón. Nuestros “rascasuelos” no tienen ventanas, pero ¿y qué? Tampoco en los últimos rascacielos que se edificaron en el viejo Nueva York había ventanas. Toda la vida, o casi toda, se desarrolla al aire libre. En caso de guerra no hay bomba que derribe nuestros edificios con la consiguiente mortandad y destrucción de las obras. Hemos enterrado una ciudad fabulosa y nos ha costado grandes sacrificios y trabajos darle todas las garantías de seguridad, pero es “casi” una ciudad eterna, para sobrevivir a las mayores catástrofes salvando con ella a todos sus habitantes.

Nuestros amigos escuchaban admirados a la joven y miraban a la vez la fantástica ciudad-jardín extendida a sus pies. Pasaron sobre

un monumental anfiteatro donde, al parecer, se daba un concierto al aire libre. Luego, sobre la ondulación del terreno, asomó la gran extensión del aeródromo. El destructor pudo muy bien haberse posado en cualquiera de aquéllas recias y amplias avenidas sin aplastar ni un macizo de flores, simplemente quedando suspendido a un metro sobre tierra, pero las ordenanzas municipales lo prohibían, según dijo Ina.

George tomó los mandos del destructor y lo llevó hasta el aeródromo, donde tomó tierra verticalmente, sin ayuda de rotor como un vulgar helicóptero, ni de estrépito de gases saliendo por debajo, como un giróscopo. Simplemente haciendo actuar la fuerza repulsiva del material de que estaba construido el casco.

Aquella toma de tierra llamó poderosamente la atención de cuantos presenciaban la arribada del *Diana*, que era el nombre del destructor.

Un grupo de pilotos rodeó a los recién llegados mirándoles y remirándoles con asombro. A su vez, el grupo de vagabundos del espacio admiró con no menos asombro a estos espléndidos ejemplares de la raza blanca. Todos los hombres y mujeres eran altos, fuertes, erguidos como huesos y de mirada viva, despierta e inteligente.

Los edificios que rodeaban al aeródromo eran todos de construcción ligera y barata. Se adivinaba que, al igual que los kioscos y barracones de los jardines y terrazas de la ciudad, desempeñaban una función puramente provisional. Caso de un bombardeo, aquellos ligeros barracones serían barridos como hojas secas, pero en caso de guerra nadie quedaría dentro de ellos. El personal estaría ya a varios centenares de metros de profundidad bajo tierra.

Ina Peattie llevó a sus nuevos amigos hasta un sencillo barracón pintado de verde. Dentro les esperaba un joven, alto y rubio, mariscal del Aire.

—Llevo un par de horas recibiendo llamadas por radioteléfono —aseguró estrechando las manos de nuestros amigos afectuosamente—. La ciudad, y puede decirse que también todo el país, está conmovido con su arribada. He mentido diciendo que aterrizarían en la base Oeste y el general
O’Hare

está echándome maldiciones mientras lucha con la muchedumbre. ¿De veras que dentro de su artefacto llevan una ciudad?

—Solamente cuatro rascacielos —aseguró Miguel Ángel sonriendo.

—Estuve observando el aparato en que han venido mientras tomaban tierra. He tenido que hacer acopio de dignidad para no echar a correr como un chiquillo y acercarme a ver “cómo lo hacían”. No vi salida de gases por ninguna parte. ¿Cómo lo hicieron?

—El metal de que está construido nuestro destructor es rebelde a la fuerza de atracción de las masas al ser sometido a ciertas inducciones eléctricas. No hay más secreto.

—¡Brrr! —bufó el mariscal echando una mirada por la ventana al *Diana*. ¿De modo que sus aparatos repelen a la tierra? ¡Vaya invento, amigos! Apuesto cualquier cosa a que no lo construyeron en este planeta.

—No.

—¿Dónde?

—En un planeta llamado Ragol.

—Es una historia larga de contar —intercedió Ina Peattie—. Los señores la referirán varias veces, de modo que podemos evitarles el suplicio de que la narren otra vez. ¿Qué debo hacer de ellos?

—Por lo pronto llevarlos al hotel Central. El ministerio de Defensa me ha ordenado que les ponga centinelas de vista. Tienen reservado un piso en el hotel. Usted les acompañará, coronel, y no dejará que nadie les moleste con preguntas inoportunas —se volvió hacia el profesor von Eicken y añadió a modo de explicación—: Ocurre tan pocas cosas ahora, que el público se agita con el menor incidente de importancia.

—Gracias por sus atenciones, mariscal —interrumpió Ángel—. Sin embargo, nos gustaría corretear por la ciudad. ¿Todavía se bebe cerveza?

—Cerveza magnífica, puedo asegurárselo a usted —rió el joven mariscal. Y como sin darle importancia añadió—: Respecto a ese extraño planeta artificial que les ha traído… ¿no habría modo de apearlo de las nubes y hacerle tomar tierra?

—¿Por la fuerza quiere decir? —preguntó a su vez Ángel con tonillo ligeramente irónico.

—¡No, por Dios! Quiero decir…

—Sé lo que usted quiere decir, mariscal. Nuestro autoplaneta puede bajar a la Tierra y bajará… cuando yo vaya allá personalmente a ordenarlo. Entre tanto convendría advertir a sus pilotos que no intentaran acercarse demasiado al autoplaneta y mucho menos posarse sobre su anillo. He dejado órdenes de que se dispare contra todo avión que moleste al *Rayo*.

—Me pone usted en un conflicto, mister Aznar. Su autoplaneta está en cielo americano, dentro de nuestra jurisdicción. He recibido orden del Estado Mayor General para buscar el medio de hacerle bajar.

—Lo siento por usted, mariscal. Nuestro *Rayo* es un mundo independiente, de nuestra única y exclusiva propiedad. Convendrá que lo haga saber usted a su Estado Mayor General. Estamos aquí como visitantes pacíficos. Si no se nos admite pueden decirlo y nos marcharemos con nuestro mundo a otra parte…

—¡Oh, no! ¡Nada de eso! —protestó el mariscal—. Tenemos mucho gusto en tenerles entre nosotros. Precisamente el ministro de Defensa me ha rogado que les dé a ustedes la bienvenida en su nombre y en el del Gobierno de los Estados Unidos.

—Transmita usted nuestras gracias al ministro y a su Gobierno —repuso Harry Tierney.

—Podrán dárselas ustedes mismos. Creo que estará esperándoles en el hotel Central o que irá a visitarles esta misma noche —dijo el mariscal con visible contrariedad—. Y no les entretengo más. Pueden ustedes marcharse.

Nuestros amigos salieron del barracón. El mariscal les acompañó hasta uno de los ocho o diez automóviles que esperaban fuera. Eran coches eléctricos. En la Tierra, como en Ragol, la tracción mecánica corría a cargo de la electricidad que cada vehículo recibía por una antena convertida en ondas radioeléctricas. Los automóviles parecían construidos de materiales plásticos y llevaban el emblema de las fuerzas aéreas norteamericanas en las portezuelas.

Se repartieron en dos coches y la caravana emprendió la marcha por una amplia y lisa autopista hacia la ciudad. Los precedían dos coches provistos de sirena con dos motoristas y les seguían todos los demás automóviles repletos de hombres vestidos de paisano.

—Coronel Peattie —dijo Ángel volviéndose hacia la joven—.

Usted parece una buena muchacha. Díganos, ¿por qué tanta escolta? ¿Son policías todos esos hombres?

—Sí; son policías. Nos escoltan para que nadie les moleste ni hable con ustedes, ya oyeron cómo lo decía el mariscal Davies.

—¿Quiere decir que, prácticamente, somos sus prisioneros?

—En cierto modo… sí. La razón es obvia; el Estado Mayor General está profundamente interesado en el autoplaneta de ustedes.

—Ya lo he advertido. Y siento desilusionarles a ustedes, coronel. No es posible construir otro autoplaneta sin los maravillosos minerales de Ragol. Pueden mirar y remirar cuanto quieran a nuestro destructor. No le arrancarán su secreto porque no lo hay. Toda la fuerza y el poder de nuestros aparatos aéreos reside en el material de que están construidos.

—No tiene por qué esforzarse en hacérmelo comprender, mister Aznar. No soy yo quien da las órdenes aquí, sino el Estado Mayor General.

Miguel Ángel miró por la ventanilla porque acababan de entrar en la ciudad. Para entonces ya se había puesto el sol y empezaban a brillar los focos eléctricos. Hacía calor. Los pacíficos ciudadanos tomaban el fresco paseando a lo largo de los jardines y miraban con curiosidad el veloz paso de la caravana de automóviles que hacían sonar sus sirenas. Sobre los caballones de la ciudad podían verse gran número de terrazas donde la gente bailaba al son de invisibles orquestas o apuraba lentamente sus vasos de cerveza alrededor de los veladores. Era una versión totalmente distinta de la que nuestros amigos conservaban acerca del Paraíso, pero también aquí se respiraba la paz y el bienestar junto con la atmósfera del atardecer saturada del efluvio de los pinos y las flores.

Viendo a aquella gente divirtiéndose, Bárbara sintió la necesidad de apearse y apurar un vaso de cerveza.

—¿Puede hacerse? —preguntó mister Stefansson a Ina Peattie.

Ina tomó un radioteléfono y ordenó a los demás coches que se detuvieran. Echaron pie a tierra, ascendieron rodeados de policías por una de las escalinatas y se encaminaron hacia el bar de la terraza.

Los policías formaron un compacto cordón alrededor de nuestros amigos mientras éstos eran servidos por la amable Ina.

No había camareros allí. Uno tomaba su vaso de un montón limpio, iba al grifo que deseaba y se ponía lo que apetecía. Luego dejaba el vaso sucio en otro sitio, de donde lo tomaba una máquina para lavarlo con un líquido desinfectante y depositarlo ya limpio en el otro montón.

—Se está bien aquí —suspiró Bárbara respirando a pleno pulmón el aire embalsamado del anochecer.

—Sí —refunfuñó su marido mirando a la gente que bailaba antes y que ahora esperaba inmóvil a que les dejaran continuar—. Pero vámonos de aquí. Estamos molestando a esta gente y no me gusta que me miren como un bicho raro.

Bajaron las escaleras, subieron otra vez a los coches y reanudaron su veloz carrera a lo largo de una de las amplias avenidas. Un momento después se detenían ante una de aquellas sólidas y grises caperuzas de acero, entraban en ella y tomaban un ascensor que les dejaba en el trigésimo cuarto piso del hotel Central.

CAPÍTULO IV

¡GUERRA!

Las habitaciones que habían sido reservadas a nuestros amigos eran pequeñas, pero confortables. En ellas no faltaba ninguna comodidad ni detalle de buen gusto. Los camareros y las doncellas del hotel apenas si existían, pero había algunas muestras de ellos y vestían todos los tradicionales uniformes y los arcaicos fracs. El coronel Ina Peattie explicó a sus nuevos amigos que la servidumbre del hotel estaba integrada por individuos del Servicio Obligatorio del Trabajo y dependían, como todos los servicios, del Gobierno.

—En las casas particulares no hay criados —anunció—. Cada cual atiende a sus propias necesidades, las que no les resuelven las máquinas. La calefacción la proporciona el municipio, así como el aire acondicionado y la luz. Hay lavaderos para la ropa y cada cual lleva la suya hasta un punto designado, donde no tienen más que echarla al montón y volver por ella al cabo de una hora. Una máquina ha mirado sus marcas y se la entrega limpia, planchada y desinfectada. Máquinas tan útiles como éstas las encontrarán ustedes a diestra y siniestra, los almacenes proporcionan gratuitamente los alimentos, las ropas para vestir o para la cama, las bebidas con un porcentaje mínimo de alcohol, los medicamentos más usuales, libros, revistas, cigarrillos o relojes… En fin, todo cuanto se necesita para vivir cómodamente y no esté racionado.

—¿También se regalan automóviles? —preguntó George.

—Los automóviles y helicópteros sólo pueden utilizarse un número limitado de veces y son de propiedad del municipio.

Nuestros amigos se ocuparon en distribuirse a su gusto las habitaciones. Acababan de hacerlo cuando la coronela Ina Peattie entró en el departamento de Miguel Ángel y Bárbara anunciando

que había llegado el ministro de Defensa acompañado de un general de tres estrellas. Les esperaban en el saloncillo de mister Louis Frederick Stefansson.

Dejando a su esposa en el departamento, Miguel Ángel se trasladó al de mister Stefansson, donde le presentaron al ministro y al general Perry. Ya estaban allí mister Erich von Eicken, Harry Tierney y George Paiton. Los demás miembros del grupo habían bajado al último piso para tomar un aperitivo con los policías que les escoltaban.

El ministro invitó a nuestros amigos a tomar asiento, hízolo él a su vez y empezó a hablar:

—Todos ustedes son norteamericanos, ¿verdad?

—Excepto mister Aznar, mi hija y yo —repuso von Eicken—. Mi hija y yo tomamos la nacionalidad americana en mil novecientos cuarenta y ocho; pero mister Aznar es español. Nosotros somos de origen alemán, y los demás americanos.

—Como es natural no quedan documentos comprobatorios de aquella época —dijo el ministro—. ¿Desean nacionalizarse ahora americanos?

—No tenemos prisa en hacerlo, señor ministro —aseguró el español.

—Tienen que hacerlo. No pueden ir por el mundo sin nacionalidad.

—¿Es tan importante?

—Mucho.

—Tenemos nuestro propio mundo allá arriba —sonrió Ángel señalando hacia el techo—. Con él podemos ir a cualquier parte. Tal vez nos convenga más irnos de este mundo que amenaza ruina y buscar otro planeta habitable donde podamos vivir en paz y sin la amenaza de una próxima destrucción.

—Precisamente he venido a hablar acerca de ese extraño mundo propiedad de ustedes. Según los cálculos de nuestros astrónomos ese pequeño planeta, para sostenerse a la altura que está, debería dar una vuelta completa a la Tierra en algo más de cuatro horas. Su posición fija en el firmamento sobre los Estados Unidos indica de por sí que no está sometido a la fuerza de atracción de la Tierra. Esto es algo nunca visto en el mundo. Hace siglos que bregamos por encontrar un material que no se deje atraer por la gravitación de las

masas. ¿Cómo lo consiguieron ustedes?

Mister von Eicken explicó al ministro y al general Perry lo que anteriormente relataran a Ina Peattie. Esto es, que aquel mineral maravilloso sólo podría hallarse en el planeta Ragol o en algún otro de constitución semejante. Que no fueron ellos quienes lo descubrieron, sino los hombres de raza azul que habitan el lejano Ragol, y que Ragol era un planeta que gravitaba a enormes distancias del sistema planetario solar y era muy difícil encontrarlo de nuevo.

—¿No creen en la posibilidad de elaborar un material semejante analizando el que sostiene a su autoplaneta, profesor Eicken? —preguntó el ministro—. Me refiero a elaborarlo con productos de este planeta, naturalmente.

—Es muy improbable.

—Pero no imposible, ¿verdad? —preguntó el ministro con ansiedad.

—La experiencia me ha demostrado que nada hay imposible en la naturaleza —repuso el sabio alemán con cautela.

—¿Estarían ustedes dispuestos a trabajar para los Estados Unidos en la búsqueda de una aleación que reuniera las mismas propiedades que la del autoplaneta? Les ofrecemos toda clase de facilidades, pondremos a sus órdenes a todo un ejército de sabios y los mejores laboratorios del mundo. Tendrán ustedes todo cuanto puedan ambicionar.

—Nada necesitamos ni nada queremos, excepto poder vivir en paz.

—¡Paz! —exclamó el general Perry—. ¿Ha dicho PAZ? Pues bien, amigos míos, la paz del mundo depende tal vez de lo que ustedes quieran o puedan hacer. Si nosotros fuéramos capaces de arrancarle el secreto de su autoplaneta, si los Estados Unidos tuvieran una poderosa flota aérea compuesta de acorazados superpesados como ese maravilloso autoplaneta, el Imperio Asiático sería derrotado y fraccionado de modo que nunca más pudiera hacer armas contra el mundo Occidental. Solamente así sería posible la paz.

—¿Por qué? —preguntó mister Stefansson—. ¿Tan importante es para las guerras actuales disponer de aparatos que se sostengan en el aire como nuestro *Rayo*?

—Se lo voy a decir a usted en dos palabras —dijo el militar con la cara roja de excitación—. Apenas salieron ustedes de la base Este, nuestros técnicos, que ya estaban preparados, se arrojaron sobre el destructor que les apeó de las nubes y examinaron a conciencia el aparato.

—Me figuré que lo harían —dijo el sabio con una sonrisa de conejo.

—Ustedes no se molestaron en cerrar la escotilla de su aeronave, de modo que nuestros técnicos pudieron entrar en la cámara de derrota y curiosear a placer. Hicieron dos descubrimientos sorprendentes. Primero: el casco de su aeronave está hecho de un metal increíblemente pesado y tenaz. Inducido por una corriente eléctrica, ese metal parece poseer la curiosa propiedad de repeler la fuerza de atracción de la Tierra. A mayor intensidad de la corriente eléctrica empieza por hacerse cada vez más ligero, y acaba elevándose en el aire como un globo lleno de helio o de hidrógeno. Más sorprendente, o casi tan sorprendente, resultó comprobar que, sometido a los rayos “Z”, el casco de su aeronave conservaba su cohesión.

Mister Louis Frederick Stefansson sostuvo la mirada del general sin pestañear.

—¿Qué clase de rayos son ésos?

—Se trata de un arma evolucionada a partir del rayo “Laser”. Como usted debe saber, el rayo “Laser” es un chorro de fotones excitados eléctricamente, que desarrollan un gran poder de penetración lumínico, al propio tiempo que desarrollan calor. Cuando un rayo “Z” toca un metal, somete a éste a un bombardeo muy intenso de electrones, que actúan a modo de un martillo golpeando el metal varios millones de veces por segundo. El metal bajo los rayos “Z” se calienta, pero este calor es un efecto secundario de la tremenda vibración a que está siendo sometido. En realidad lo que hacen los rayos “Z” es romper la cohesión de la materia, dispersando sus átomos antes de que la pieza de metal llegue a fundirse. Ésta es el arma de combate actualmente utilizada en los combates aéreos. Un arma terrible y a la que, no obstante, su aeronave de ustedes es invulnerable.

—Conocemos los rayos “Z” —aseguró el profesor—. Nosotros los conocemos por “rayos ígneos” y los llevamos tanto en el

autoplaneta como en los destructores y los cazas de combate.

—Si usted conoce la propiedad de los rayos “Z”, tanto mejor. Sabrá así que una coraza que resista durante diez minutos la caricia de los rayos “Z” es en la práctica una coraza invencible. Con la velocidad que desarrollan los actuales aviones, un aparato raramente se encuentra más de diez segundos al alcance de un proyector “Z”. Sabrá también que el alcance y la fuerza de penetración de los rayos “Z” dependen de la potencia del generador eléctrico que los produzca. Una batería de rayos “Z” situada en tierra alcanza hasta quinientas millas o más, según el tamaño y potencia de la pila atómica que la alimente. Esta propiedad de los rayos “Z” a dispersarse a cierta distancia, hace que los aparatos aéreos no puedan llevar consigo proyectores o cañones “Z” de mucho alcance. La imposibilidad reside en el tamaño y peso de los generadores atómicos. Todavía nuestros aparatos luchan con el tremendo inconveniente de la fuerza de atracción de la Tierra para elevarse. Cuanto más grande es un bombardero, más voluminosos y pesados son sus motores, pues ha de desarrollar una colosal potencia para vencer la fuerza de gravedad al elevarse y luego no menos fuerza para aterrizar. Esto limita la potencia de las pilas atómicas. Una batería de rayos “Z” montada sobre un bombardero pesado no alcanza más de ciento cincuenta millas.

—Los nuestros alcanzan hasta quinientas —sonrió el profesor.

—Lo sospechaba. Ustedes no necesitan grandes generadores para vencer la fuerza de atracción de los planetas y tienen mayor espacio disponible para las pilas atómicas. Toda la ciencia bélica actual gira alrededor de dos motivos. Reducir el tamaño y peso de los motores del avión y aumentar el alcance de los cañones “Z”. Poco más se puede hacer para crear corazas más resistentes, y lo que se pueda hacer están buscándolo nuestros técnicos incansablemente. El destructor de ustedes reúne estas tres condiciones elementales: ligereza para remontarse y aterrizar, derivada del poco volumen de los motores, gran alcance en sus cañones “Z” y una extraordinaria resistencia contra los rayos “Z”. ¿Comprenden ahora nuestro interés en su técnica?

—Es fácilmente comprensible —aseguró mister Stefansson—, pero muy poco podemos hacer nosotros para ayudarles. Podemos, eso sí, mejorar sus generadores. Los rayos “Z” de nuestras

“zapatillas volantes”, simples aparatos de caza, alcanzan las ciento cincuenta millas de los bombarderos pesados terrestres. Nuestros destructores emiten rayos “Z” hasta trescientas millas y las defensas de nuestro autoplaneta, algo más de quinientas millas. La razón de la mayor eficacia de nuestras armas no estriba solamente en la economía de los motores, sino también en la técnica de los generadores de rayos ígneos o “Z”.

—Entonces, ¿podemos esperar de ustedes que nos permitan examinar sus baterías “Z” y que cooperen con nuestros sabios en encontrar una aleación que sometida a una corriente eléctrica rechace a la fuerza de atracción terrestre?

—Sí, creo que mis compañeros no tendrán ningún inconveniente —dijo el profesor mirando a Ángel, a Harry y al profesor von Eicken.

—Solamente uno —dijo el español—. Las mejoras que se consigan en cualquier aspecto deberán participarse también a la Federación Ibérica.

El ministro de Defensa pareció molesto por esta observación.

—La Federación Ibérica es nuestro aliado —dijo—. Pero no sé si sería prudente…

—Es una condición indispensable —cortó Ángel con sequedad.

—Bien, lo haré saber al Gobierno. Lo malo de todo esto es que el tiempo apremia. El Imperio Asiático está preparándose a la carrera y nadie sabe con certeza cuándo empezará la guerra. Esta mañana nos derribaron otro giróscopo en la frontera polar. Alegan que nuestro avión había entrado en territorio asiático y no es verdad… pero la verdad importa poco a los amarillos. Saben que no queremos la guerra y nos provocan. Esto puede conducirnos a la guerra.

El ministro y el general se pusieron en pie, estrecharon las manos de nuestros amigos y se marcharon.

—Bien —suspiró George—. Está visto que allá donde vamos desencadenamos todas las furias del averno.

La coronela Ina Peattie, que había salido acompañando a los altos personajes hasta el ascensor, volvió y propuso que fueran todos a comer. Así lo hicieron bajando hasta el último piso del edificio. El restaurante estaba repleto de gente. En cada una de las cuatro paredes había otras tantas pantallas de televisión

transmitiendo variados números y una película en tres dimensiones. Los camareros brillaban por su ausencia. La intervención humana había quedado reducida al mínimo. Cada cual iba por su comida, hasta la gran máquina que servía los platos automáticamente.

Después de comer, cada cual se retiró a sus habitaciones y se entregó al descanso bajo la custodia de los policías que patrullaban por los corredores.

* * *

A la mañana siguiente, esta vez con una escolta más reducida, la coronela Ina Peattie llevó a sus nuevos amigos a visitar la ciudad, haciéndoles antes vestirse según la moda imperante. Estaban en verano y el pantalón corto era una prenda común. Hombres y mujeres atestaban los velocísimos ascensores que descargaban y tomaban ingentes muchedumbres. Como era la hora en que casi todos se dedicaban al deporte abundaban las raquetas de tenis, bastones de golf o de pelota base, las corazas de rugby, los balones de fútbol, los patines de ruedas y mil elementos deportivos más.

Los tranvías que circulaban arriba y abajo de las amplísimas avenidas eran en realidad trenes sin fin. Nadie los conducía. No tenían máquina ni furgón. Automáticamente se detenían en las paradas unos segundos y luego se lanzaban a toda velocidad hacia adelante hasta detenerse ante otra cúpula de las que indicaban la entrada y salida exterior de los “rascasuelos”. Los viajeros habían de estar listos para apearse o subir, o de lo contrario tenían que esperar hasta que llegara otro grupo de vagones, lo que ocurría con mucha frecuencia.

En los parques se veía gran número de gente dedicada a sus deportes favoritos. En una colosal explanada habían formados varios millares de atletas en camiseta y pantalón blanco haciendo gimnasia. Unos altavoces daban las órdenes y todos se movían al mismo tiempo con una bella perspectiva de troncos en flexión y brazos subiendo y bajando al unísono. El cielo estaba lleno de helicópteros que iban y venían como enjambres de libélulas. Los automóviles formaban apretadas filas en las calles antes de lanzarse por las inacabables rectas de las autopistas. Bajo los corpulentos árboles paseaban los ancianos charlando o leyendo libros y revistas.

Por las laderas de los caballones que daban a esta ciudad el aspecto de un tejado ondulado se veían motas blancas. Eran familias almorzando bajo los pinos piñoneros, sentados sobre el mullido césped ante los manteles de deslumbrante blancura. Las playas del lago artificial hormigueaban de bañistas matutinos. Los toldos de lona festoneados de rojo, azul y verde, parecían una plantación de brillantes hongos.

—Creo que, en definitiva, no se debe de vivir tan mal aquí —refunfuñó George Paiton.

Echaron pie a tierra al sentir apetito, treparon por las largas escalinatas hasta uno de los restaurantes al aire libre y tomaron sus almuerzos yendo a despacharlos, junto con grandes jarros de fresca y espumeante cerveza, alrededor de los veladores bajo los toldos que les preservaban de los rayos del sol.

Desde la terraza se abarcaba una amplia panorámica de caballones poblados de pinos, coquetones quioscos y torres metálicas. De la ciudad subía un zumbido como de colmena en plena actividad.

La mujer moderna, según dijo la coronela, habíase emancipado por completo y tenía los mismos derechos y obligaciones que los hombres. En el ejército y las Fuerzas Armadas los soldados y aviadores eran indistintamente de cualquier sexo. Los oficiales del ejército y los pilotos de las Fuerzas Aéreas eran todos voluntarios. En caso de guerra, sin embargo, podían movilizar a miles de oficiales y aviadores que pasaban a la reserva después de cinco años de servicio.

—No tenemos a todos los aparatos aéreos ni a todas las divisiones en activo —añadió la coronela—. Los aviadores y las armas están guardadas en numerosos almacenes subterráneos esperando la hora de ser utilizados.

Permanecieron en la terraza largo tiempo, hablando animadamente. De pronto taladró el zumbido de la vida ciudadana el escalofriante aullido de las sirenas. Ina Peattie se puso en pie de un salto con las mejillas pálidas y los grises ojos escudriñando el cielo. Con la rapidez de un relámpago empezaron a ocurrir extrañas cosas. Extrañas para los terrestres recién llegados de un lejano planeta, pero bien conocidas por la coronela de las Fuerzas Aéreas a juzgar por su actitud.

La impecable formación de camisetas blancas de allá abajo se rompió como barrida por un invisible huracán dejando un hueco en el centro y apretándose por los bordes. Los gimnastas huían a la desbandada. Los pacíficos excursionistas que poblaban las laderas de los caballones con impolutas manchas blancas echaron a correr hacia abajo y la muchedumbre se apretujó alrededor de las cúpulas de acero gris que servían de entrada a la ciudad subterránea. En sólo unos segundos desaparecieron del cielo los helicópteros.

—¡Vamos! —gritó Ina Peattie echando a correr hacia la escalinata—. ¡Es la señal de alarma! ¡Puede ser un simple simulacro… pero pudiera ser también un bombardeo aéreo en toda regla!

Se lanzaron pendiente abajo saltando los escalones de dos en dos. Cuando estaban a mitad camino se dejó oír un penetrante ulular de motores cohete. Ángel levantó la cabeza y sólo alcanzó a ver los tres aviones más rezagados de una formación de veinte o treinta. Los aparatos supersónicos, al pasar a poca altura, desplazaron una violenta corriente de aire que tiró a tres policías y a George y a Else rodando escaleras abajo.

Los caídos se levantaron y continuaron corriendo. Al llegar al pie de la escalera la avenida aparecía completamente desierta. Ángel, llevando en volandas a su esposa, corrió hacia los automóviles.

—¡No! —gritó un policía—. ¡A los coches no! ¡A la casamata más próxima!

La cúpula metálica más cercana estaba sólo a cincuenta metros. Corrieron desalados hacia allá. Los tranvías sin fin estaban parados. A diestra y siniestra se veían automóviles parados con las portezuelas abiertas. Un grupo de rezagados avanzaba a paso de carga hacia la entrada del más próximo “rascasuelos” y nuestros amigos, con su escolta, se unieron a ellos precipitándose en un ascensor.

—Ya no hay prisa —dijo la coronela con la respiración entrecortada—. Estamos a salvo.

Todavía entraban algunos ciudadanos. Dos mujeres, con un anciano y tres niños, entraron alocadamente y se colaron en el ascensor.

—Esperemos un poco más —dijo Ina—. Tal vez quede alguien

más afuera.

Las sirenas habían dejado de aullar. Entraron dos niños con sus patines de ruedas. Otro ascensor vacío subió.

—Ya podemos bajar —dijo Iría apretando un botón.

Mientras el ascensor bajaba, Richard se enjugaba la sudorosa frente con un pañuelo.

—¿Esto ocurre todos los días? —refunfuñó.

Los policías se echaron a reír. Luego, empezaron a hacer conjeturas sobre el motivo del toque de sirenas. El ascensor bajó sin detenerse hasta el último piso. Allí lo abandonaron y se introdujeron en un amplio túnel de techo abovedado que les condujo hasta la estación del “metro”, ubicada en una gran plaza. Esta plaza estaba repleta de gente. Todos hacían gala de una gran serenidad, pero se notaba que estaban impacientes por salir de dudas.

Dominando el rumor de la muchedumbre se dejó oír el penetrante toque de un clarín militar. El silencio fue instantáneo. Todas las caras se volvieron hacia los altavoces.

—¡Atención, neoyorquinos! —bramó el altavoz—. Bombarderos medianos del Imperio Asiático, protegidos por fuertes formaciones de aparatos de caza, han cruzado la frontera polar y han atacado la base norteamericana del cabo Belknap, a las diez y diez minutos, hora de Nueva York. Simultáneamente, a la misma hora, una formación de proyectiles dirigidos salvó el estrecho de Bering y se internó en territorio del Estado de Alaska cayendo sobre la base Yukón. El Presidente de los Estados Unidos ha dado orden de movilizar todas las fuerzas armadas americanas. Cada hombre, cada mujer americana, debe presentarse inmediatamente en su unidad y prepararse para rechazar el brutal ataque asiático. Ha sido proclamado el estado de guerra. ¡La guerra ha estallado!

CAPÍTULO V

BELIGERANTES

—Vamos —dijo la coronela Ina Peattie abriéndose paso a codazos por entre la muchedumbre—. ¡Necesito un televisor para hablar con el mariscal Perry!

—¡Queremos regresar a nuestro autoplaneta! —le gritó Ángel sujetándola por un brazo—. ¡Tal vez sea atacado!

—Espere a que hable con mis superiores… vengan por aquí.

La gente se agolpaba a los trenes subterráneos para marchar a sus casas antes de presentarse a sus unidades de servicio. También luchaba por alcanzar las cabinas de los televisores. El ruido era ensordecedor y la agitación epiléptica. Todos querían ser los primeros en todo. Los silbatos de la policía militar eran inútiles para poner coto al desorden. Los policías de paisano abrieron una brecha en el gentío y la coronela pudo entrar en la angosta cabina de un televisor.

Marcó el número de la base Este. En la pequeña pantalla apareció el rostro juvenil de una muchacha de uniforme.

—¡Necesito hablar con el mariscal del aire Davies! —le dijo Ina Peattie.

—Todas las líneas están ocupadas, coronel. Espere un momento sin retirarse.

Ángel tocó a la joven suavemente en un brazo. La puerta de la cabina estaba abierta y por ella asomaban el rostro ansioso Bárbara Watt y el profesor Stefansson.

—¿Qué va a ocurrir ahora, coronel? —preguntó el español.

—El diablo lo sabe.

—¿Cree que atacarán esta ciudad con bombas atómicas?

—No es probable. Antes de que puedan llegar aquí, los

bombarderos tienen que abrirse paso entre las escuadrillas de intercepción. De los proyectiles dirigidos se encargarán las baterías antiaéreas formando una barrera de rayos “Z”.

—¡Atención, coronel Peattie! —avisó la operadora de la base—. Al habla el mariscal Davies.

En la pantalla apareció el rostro colorado del joven mariscal. Tenía el cuello de la camisa desabrochado y se había desembarazado de la guerrera. Estaba hablando con tres o cuatro imágenes reproducidas por otras tantas pantallas a la vez. Dirigió una mirada hacía Ina Peattie.

—¡Al fin la encuentro a usted! —exclamó—. ¿Dónde están mister Aznar y compañía?

—Aquí estamos —dijo el español acercando su cabeza a la pantalla de modo que pudiera verle el mariscal.

—Escuche, mister Aznar. Hay que meter en alguna parte a su autoplaneta. Si los bombarderos amarillos consiguen llegar hasta aquí les chocará ese aparato y lo atacarán.

—No es fácil que puedan derribarle. Sin embargo me gustaría estar a bordo de nuestro *Rayo* cuando la cosa ocurra.

—¿Cuánta gente tiene allá?

—Sesenta y tres hombres azules bien entrenados.

—¿Con qué fuerzas defensivas cuenta el autoplaneta?

—El globo está armado de cañones “Z”. Contamos además con cincuenta destructores del tipo *Diana*, con doscientas “zapatillas volantes”, tres millares y pico de proyectiles dirigidos y quinientos hombres “robots”.

—¡Rayos! —gruñó el mariscal haciendo una mueca—. ¡Ese autoplaneta es un arsenal! Bien, tanto mejor. Naturalmente, necesitará pilotos para todos esos aviones, ¿no?

—No. Nuestros pilotos de “caza” son los “robots”.

—¿Qué me dice?

—Ya lo ha oído. Son los mejores aviadores del universo. Incansables, exactos, seguros… e inexorables. No, mariscal. No necesito uno solo de sus aviadores para defender nuestro autoplaneta, y si llegara la ocasión de lanzar un ataque no crea que ustedes lo harían mejor con todo su tremendo aparato bélico.

—Bien, así sea. No puedo entretenerme más. Aquí está su destructor. ¿Van a venir por él?

—Iremos inmediatamente.

—El coronel Peattie les acompañará como observador… si ustedes no tienen inconveniente.

—Ninguno. Hasta la vista, mariscal.

Salieron de la cabina. La plaza había quedado completamente desierta durante su corta conversación. Solamente la cruzaban algunos hombres y mujeres para entrar corriendo en las estaciones de los “metros”. Nuestros amigos tomaron dos de los coches eléctricos abandonados en el mismo sitio donde les pilló la señal de alarma. Ina se puso al volante de uno de los coches y un policía al del otro. Al resto de la escolta la despidieron allí mismo.

La carretera subterránea que ponía en comunicación la base Este con la ciudad de Nueva York era un colosal tubo dividido en dos pisos por los que circulaban los vehículos en distintas direcciones. Tenía cincuenta metros de anchura y estaba espléndidamente iluminado por focos de luz natural. Ante los automóviles de nuestros amigos corrían otros muchos hacia el aeródromo. La pista subterránea acabó en una gran plaza de la que arrancaban varios túneles, menores y donde daban la vuelta los automóviles. El coronel despidió al último policía y guió a sus acompañantes a lo largo de un dédalo de corredores hasta un hangar subterráneo. Allí estaba el *Diana* sobre la plataforma de un ascensor.

Ina Peattie dio las órdenes oportunas para que les sacaran a flor de tierra y se introdujo en la aeronave cerrando la portezuela a sus espaldas. George y Richard estaban ya en sus sillones, ante los mandos. El ascensor se puso en movimiento y el *Diana* quedó al aire libre, bajo el espléndido sol del mediodía.

En el aeródromo reinaba una actividad febril. Una escuadrilla de meteóricos aviones, afilados como lanzas, se elevaban en este instante. Por las pistas de acero rodaban gran número de bombarderos superpesados en forma de pez espada. Los hombres que iban y venían en veloces automóviles descubiertos iban en grotescas armaduras que les preservarían de los mortales efectos de la radiación atómica si por caso no morían en la explosión.

—¡Adelante! —gritó Ángel.

El *Diana* se elevó casi en ángulo recto. La tierra escapaba bajo sus pies y pronto el aeródromo no fue más que un pequeño punto sobre el suelo. Luego también se esfumó en la distancia.

—Espero que el enemigo no nos sorprenda mientras subimos hasta el orbimotor —masculló el profesor Stefansson.

—¿Todos sus destructores están desarmados? —preguntó Ina.

—Por el contrario. Éste es el único desarmado —dijo Miguel Ángel.

—No es fácil que las aeronaves amarillas se acerquen por aquí ahora —dijo la coronela—. Sin embargo, no es del todo imposible.

—¿Qué aspecto va a tener esta conflagración? —interrogó mister Edgar Ley.

—Será como las anteriores, una guerra casi puramente aérea. Grandes masas de aviones están chocando en estos momentos unas contra otras. La aviación despeja el terreno y detrás llega la infantería para ocupar la tierra calcinada. Poco le queda por hacer después que los bombardeos han arado el suelo, pero así y todo todavía chocan los ejércitos y se baten como demonios mientras sobre sus cabezas litigan las fuerzas aéreas de ambos bandos. No es, desde luego, un combate con frentes compactos formando una línea. Se guerrea en zonas que a veces distan entre sí centenares de millas. Cada infante avanza solo o acompañado de uno o dos camaradas por un trozo de terreno de un kilómetro o una milla de anchura. A su alrededor todo es desolación y ruina. La tierra es granujienta como la sal, las rocas abrasan, los bosques arden o están convertidos ya en llanuras de tizones, densas nubes de gases asfixiantes avanzan como gigantescos rulos. Un mundo muerto se asoma tras los cristales ahumados de las escafandras protectoras contra la radioactividad. El soldado de infantería, encerrado en su armadura metálica, avanza con recelo esperando de un momento a otro la explosión que le va a convertir en polvo cósmico.

—Ya no quedan marinas de guerra, ¿verdad?

—Solamente algunos submarinos. Las batallas modernas se resuelven en el aire. Enjambres de proyectiles dirigidos aúllan a velocidades supersónicas en busca de sus objetivos. Muchos, la mayoría, son destruidos por el camino. Otros consiguen llegar hasta las cortinas de “Rayos Z” que rodean las ciudades y allí perecen casi todos. Alguno, sin embargo, logra pasar y estallar sobre la ciudad. Cuando el objetivo está demasiado bien defendido, los bombarderos tienen que ir a buscarlo por sí mismos. Llegan los bombarderos volando como relámpagos a trescientas millas de altura, donde la

vista humana no alcanza a verlos, pero los aparatos detectores si los ven y disparan los cañones contra el atacante. Los aparatos de caza acuden y empiezan a pelear contra los cazas que rodean a los bombarderos.

—¿Pero cuántos aviones se necesitan ahora para llevar a cabo un simple bombardeo? —preguntó Miguel Ángel.

—Centenares… miles de aviones. La fuerza de cada nación se mide por el mayor número de aeronaves que puede poner en el espacio de un solo golpe. Cada día son abatidos, a veces, hasta tres mil aviones.

—Aviones sin piloto, supongo.

—Dirigidos por control remoto. Las grandes velocidades a que se mueven los aviones de combate modernos no pueden ser soportadas por ningún ser humano. Hoy día las máquinas combaten en la estratosfera, mientras los hombres, en las fábricas profundamente enterradas bajo tierra, hacen trabajar incansablemente a las máquinas que producen otras máquinas. La guerra tiene que ser alimentada por el esfuerzo humano. Así pues, las guerras actuales ya no son una pugna de hombres contra hombres en el campo de batalla, sino una lucha agotadora de las industrias que fabrican las máquinas que deberán salir a pelear contra otras máquinas.

—Entonces, esa felicidad de que usted hablaba ayer mismo, es en el fondo pura utopía. Cuando en pleno siglo veinte un obrero trabajaba su jornada en una fábrica, solamente percibía un jornal en metálico, con el cual difícilmente podía atender a los gastos propios y los de su familia. Ustedes no tienen que preocuparse de su jornal. Les alcanzará para todas las cosas que deseen obtener. Pero en realidad, ¿quién ha sido más feliz? El hombre que tiene trazada una meta por muy modesta que sea, siente la satisfacción de verla cada vez más a su alcance. Un automóvil, un receptor de radio o televisión, una casa nueva, eran cosas cuya posesión llenaba de felicidad al hombre que llegaba a poseerlas. Pero los obreros que hoy trabajan en sus fábricas, ¿qué estímulo pueden sentir en su trabajo? ¿No estarán pensando que realizan un esfuerzo inútil construyendo costosas máquinas que mañana habrán sido reducidas a chatarra y que habrá que reemplazar por otras que todavía se han de fabricar?

—En eso puede que tenga usted razón —admitió Ina Peattie—.

Realmente no debe ser muy divertido trabajar día tras día realizando siempre el mismo trabajo, sobre todo sabiendo que el producto de su esfuerzo se lo va a llevar el demonio sin provecho para nadie. Tal vez por eso prefiero servir en las Fuerzas Aéreas aunque el riesgo es mayor. Pero es también más ameno, y siempre queda la incertidumbre de lo que ocurrirá mañana.

—¿Hay riesgo en el trabajo que usted suele realizar?

—Soy jefe de grupo. Eso quiere decir que en tiempo de guerra debo mandar desde mi crucero a los cazas sin piloto que operan bajo mis órdenes. Aunque normalmente los jefes nos mantenemos apartados de la lucha, tenemos que estar allí y correr un riesgo. Los cazas enemigos, como es lógico, buscan preferentemente a los cruceros desde los cuales se imparten las órdenes a los cazas. Nosotros también buscamos a los jefes de grupo enemigos para destruirlos.

Al cabo de unos minutos, el destructor *Diana* había alcanzado una altura considerable y avistaba al autoplaneta. Miguel Ángel se puso en comunicación con el *Rayo* y se identificó ante la pantalla de televisión. El destructor redujo su velocidad y se posó suavemente sobre el sólido anillo de doscientos metros de anchura y cincuenta y cinco de espesor. La puerta de una cámara de recepción neumática se abrió y el *Diana* se introdujo en ella con precaución.

La puerta se cerró a sus espaldas y los viajeros se prepararon para desembarcar. Minuto y medio más tarde se abría de par en par la segunda y el capitán Arxis, seguido de media docena de hombres azules, acudía a recibir a nuestros amigos.

—¿Alguna novedad, Arxis? —preguntó Miguel Ángel.

—Sin novedad, jefe.

El español se volvió hacia el profesor von Eicken.

—¿Le parece bien que nos reunamos para trazar una línea de conducta futura? —le preguntó.

—Sí, es precisamente lo que estaba pensando.

Se encaminaron en grupo hacia el rascacielos que utilizaban como habitación, entraron en el enorme salón de fumar y se reunieron en torno a la mesa ocupando los cómodos sillones.

—Bien —empezó a decir Miguel Ángel—. La situación es ésta: hemos vuelto a nuestro mundo de origen y nos encontramos con que han pasado cuatro siglos. La Tierra se estremece en estos

momentos bajo una guerra que amenaza con la destrucción de todo el género humano. La cuestión es ponernos de acuerdo en lo que debemos de hacer. Marcharnos lejos, donde no nos alcance la explosión que puede poner fin a la historia de la humanidad sobre el planeta… o quedarnos para intervenir en esta guerra y unir nuestra suerte a la de la humanidad. Todavía nos queda una solución intermedia: esperar a una respetable distancia y observar desde nuestra neutralidad el desarrollo de los acontecimientos. Nuestro autoplaneta es capaz de albergar de diez mil a quince mil personas. Podríamos esperar hasta asegurarnos de que el fin del género humano era inminente, y una vez seguros de que el mundo iba a estallar en mil pedazos, tomar a bordo del *Rayo* diez o quince mil pasajeros entre niños y niñas, alejarnos de la Tierra antes de que sobreviniera la explosión y buscar un planeta joven y despoblado donde las condiciones de vida fueran favorables. En ese mundo lejano depositaríamos nuestro cargamento juvenil para que creciera, se multiplicara y formara su propia civilización.

Miguel Ángel calló y siguió un largo silencio.

—Bien —añadió el español—. ¿Qué opinan ustedes?

—La idea de tomar quince mil niños y llevarlos a otro mundo virgen para que formen allí otra civilización nueva me parece maravillosa —murmuró Bárbara.

—Sólo tiene un pero —objetó Ina Peattie—. Ninguna madre consentirá en separarse de sus hijos cuando todavía quedan esperanzas de que ganemos esta guerra.

—Esperaremos hasta que el peso de las armas decida quién va a ser el vencedor y quién el vencido —dijo el profesor von Eicken.

—Pero no debemos esperar con las manos sobre el regazo —refunfuñó Harry Tierney—. Al fin y al cabo somos norteamericanos. La causa de los Estados Unidos es nuestra causa. Debemos luchar a su lado.

—Sí —apoyó George Paiton—. Tenemos armas y medios para agregarnos a la lucha. Por poco que represente nuestro esfuerzo en esta guerra no podemos inhibirnos… no tenemos derecho a echarnos atrás cuando se solventan sobre los campos de batalla razones de tanto peso como el seguir siendo o el dejar de ser.

—Mister Paiton tiene razón —agregó Edgar Ley—. No es menester arrebatar diez millares de jóvenes a la Tierra y

depositarlos en otro mundo para que luchen contra la naturaleza cuando pueden disfrutar en la Tierra de todas las ventajas aportadas por siglos de civilización. Antes de pensar en una huida vergonzosa debemos de defender con uñas y dientes lo que es nuestro. Un enemigo feroz y despiadado intenta arrebatarnos la vida junto con todo lo que la raza blanca erigió tras largos años de trabajos y sacrificios. Luchemos, pues, con todas nuestras fuerzas, y si Dios no quiere que seamos los vencedores, salvemos lo que podamos y huyamos a otro mundo lejano, donde podamos establecer de nuevo nuestra civilización.

Richard Balmer, Thomas Dyer y la coronela Ina Peattie aplaudieron las palabras del ingeniero.

—Sea —dijo Miguel Ángel abriendo los brazos—. Luchemos.

Mister Louis Frederick Stefansson se volvió hacia el capitán Arxis, que había asistido sin tomar parte en la discusión.

—Arxis —le dijo—. No tenemos derecho a mezclaros a ti y a los tuyos en esta riña. Sois libres de hacer lo que gustéis.

—Vuestra causa es siempre la nuestra —sonrió el hombre azul —. Os seguiremos donde quiera que vayáis. Vuestra suerte será la de los hombres azules. Además, ¿no viven en Venus los hombres de nuestra misma raza sojuzgados por los hombres de piel amarilla? Pelearemos para que puedan ser libres y grandes como lo fueron en los principios de la historia del Universo.

—Gracias, Arxis —sonrió el profesor poniendo su mano sobre el ancho hombro del *saissai*—. Sabía que lo harías así.

CAPÍTULO VI

BATALLA AÉREA SOBRE ONTARIO

Las noticias que cada quince minutos facilitaban las emisoras de radio no podían ser más funestas. La horda amarilla había logrado establecer una cabeza de puente en Alaska y avanzaba con ímpetu arrollador hacia la antigua frontera del Canadá, después de haber levantado hasta la última pulgada de terreno con un diluvio de bombas de hidrógeno. Un cielo cubierto de negras nubes ocultaba a los invasores. Sobre el cielo anubarrado chocaban con furia oleadas y más oleadas de aviones norteamericanos y asiáticos. Era imposible calcular el número de aparatos que tomaban parte en la batalla aérea.

En el parte de guerra siguiente se daba cuenta de que sobre la Tierra de Baffin y la Península del Labrador estaba cayendo otro diluvio de proyectiles dirigidos. Quince horas más tarde la horda amarilla desembarcaba en la bahía James y se abría paso hacia los grandes lagos Oberer y Hurón.

—Esto es grave —aseguró Ina Peattie—. Las mejores de nuestras bases aéreas están situadas precisamente en los lagos Oberer, Hurón, Erie, Ontario y Míchigan, a sólo unas quinientas o seiscientas millas de la bahía James.

—¡Pero esa concentración de bases es suicida! —exclamó Ángel.

—Era necesario. En la guerra moderna no tiene ninguna utilidad práctica un aeródromo terrestre. Además de que sus dimensiones tendrían que ser desmesuradas para que en ellos pudieran aterrizar los grandes bombarderos, serían destruidos al primer bombardeo de proyectiles dirigidos. Unos aeródromos grandes, blandos e indestructibles, sólo pueden proporcionarlos los lagos y los mares. Ésta es la razón por la cual utilizamos preferentemente bases

acuáticas.

—Comprendido. Creo que tendremos que trasladarnos allá y ayudar a contener al enemigo.

—Ese astuto Tarjas-Kan nos ha jugado otra de sus tretas. Nos obliga a acudir a toda prisa hasta Alaska, nos da allí la gran batalla y luego dirige el ataque contra nuestro propio corazón.

—¿Quién es ese Tarjas-Kan? —preguntó Ángel.

—Es el caudillo amarillo, el emperador de todos los imperios asiáticos. Hace cincuenta años trepó hasta el mando supremo del Asia por el medio expeditivo de ir cortando cabezas. El pueblo asiático le mira con terror y adoración. Algunos le consideran el Anticristo, cuya aparición, según los Evangelios, precederá al fin del mundo.

—Bueno, ya me hablará más tarde de él. Corra ahora a comunicar al Estado Mayor General norteamericano que tomamos parte en la guerra. No olvide de advertir a sus superiores que, si bien vamos a ayudarles cuanto podamos, nos reservamos el derecho de actuar dónde y cuándo consideremos conveniente. Aceptaremos el consejo del Estado Mayor, pero en último extremo decidiremos por cuenta propia lo que debemos de hacer.

—Al Estado Mayor no va a gustarle esta modalidad de aliado.

—Puede elegir entre ésa o ninguna —cortó secamente Ángel.

La coronela hizo una mueca y se encaminó hacia donde estaban Richard Balmer y el profesor Stefansson ante la emisora de radio. Se hallaban todos en la sala de control, reunidos en torno al tornavoz de un aparato de radio.

—¡Atención, radioescuchas norteamericanos! —bramó una voz jubilosa del aparato de radio—. La Federación Ibérica recibió esta mañana, a las diez horas, una nota de Tarjas-Kan, donde el caudillo asiático prometía la paz al bloque hispano si éste se mantenía dentro de la más estricta neutralidad. La Federación Ibérica acaba de responder a la falaz nota de Tarjas-Kan lanzando un ataque fulminante sobre la antigua Europa Central y rebasando con incontenible ímpetu la frontera de los Pirineos. La vieja estratagema de Tarjas-Kan: “divide y vencerás”, no ha surtido efecto esta vez. La Federación Ibérica sabe que, vencidos los Estados Unidos, los ejércitos del Imperio Asiático se lanzarían a continuación sobre España y los países del otro lado del Atlántico. Consciente de que en

esta colosal partida se juega la cristiandad valores tan diferentes como el ser o dejar de ser, el presidente de la Federación Ibérica no ha vacilado en dar la orden de asalto a sus ejércitos al tiempo que anunciaba solemnemente la Cruzada contra el Anticristo Tarjas-Kan.

Ina Peattie, con el rostro vuelto hacia el español, le sonrió como diciendo: “Somos aliados y estamos embarcados en la misma balsa. Unidos venceremos.” Luego se inclinó sobre el micrófono y transmitió al Estado Mayor General el recado de Miguel Ángel Aznar. Estuvo un largo rato hablando y luego volvió a reunirse con el Estado Mayor del autoplaneta *Rayo*.

—¿Qué ha contestado el Estado Mayor General? —preguntó Thomas.

—Ha insistido en que deben ustedes someterse a las órdenes del Estado Mayor. Al decirles yo que la condición de total autonomía era indispensable han respondido que hicieran “lo que les diera la realísima gana”. Se ve que no estiman de gran peso la cooperación de ustedes, pero es que yo no me he atrevido a darles la lista de los elementos de combate del *Rayo* por temor a que el enemigo estuviera a la escucha y tomara buena nota de lo que hablábamos.

—¿Les ha descrito el emblema de nuestros aparatos? ¿y nuestra identificación electrónica?

—Sí. Me han contestado que la harán saber a todos los pilotos norteamericanos para que no disparen contra ustedes.

—Con eso basta. Profesor Eicken, ¿ha llamado a los comandantes de navío?

—Ahora bajan —anunció Edgar Ley señalando hacia los ascensores.

En efecto, cuarenta hombres de piel azul, vestidos con una especie de malla metálica y llevando bajo el brazo sus escafandras de acero, entraron capitaneados por Arxis y formaron en círculo alrededor de Miguel Ángel Aznar y de la gran mesa central, sobre la que el español había extendido un mapa de América del Norte.

Con el extremo de un lapicero, Ángel fue señalando sobre el mapa la zona de operaciones entre los grandes lagos americanos y la bahía de Hudson, en cuyo extremo inferior se abría la bahía James, donde habían establecido su cabeza de puente los ejércitos invasores. A continuación hizo que Richard Balmer reprodujera en un aparato de radiorradar la contraseña de los aparatos

norteamericanos.

—Cada uno de vosotros mandará un destructor con tripulación de hombres mecánicos, a los que indicaréis la contraseña que acabo de reproducir. Yo asumiré el mando de los destructores. Volaremos formando un círculo cerrado con quinientos metros de separación entre cada aparato. George irá al mando de una escuadrilla de aparatos de caza que cubrirá el techo por arriba y Thomas comandará una segunda escuadrilla por debajo de nosotros. Altura de vuelo, seiscientas millas. Velocidad, cuatro millas por segundo. Las demás órdenes os las daré personalmente por radio. En caso de que mi aparato fuera derribado, el capitán Arxis asumirá el mando de los destructores. Todas las ventajas están de nuestra parte, porque los cañones de nuestros cazas tienen el mismo alcance que los bombarderos pesados enemigos y los cañones de nuestros destructores estarán disparando contra los cruceros enemigos cuando todavía estemos fuera del alcance de éstos. Nada más. Ahora subamos al hangar.

Los *saissais* desfilaron hacia los ascensores. Ángel quedó rezagado para recomendar a Richard Balmer que no dejara de estar en contacto con la flota de combate y tranquilizar a Bárbara. Ésta, sin embargo, le siguió hasta el piso superior del autoplaneta. En la enorme plaza, entre los cuatro esbeltos "rascacielos", estaban correctamente formados ciento ochenta hombres mecánicos. George Paiton les repetía en lengua *saissai* las órdenes dadas por Ángel y con un receptor portable reproducía el pitido que había de servirles para identificar a los aviones aliados, contra quienes no debían de disparar.

Ina Peattie tocó ligeramente en el brazo a Ángel y preguntó:

—¿Qué hace mister Paiton?

—Ya lo ve. Da instrucciones grabando en esos cerebros electrónicos las señales de identificación.

—¿Serán capaces de comprender lo que les dicen?

—¡Ya lo creo! Todavía retendrán en su memoria esos sonidos cuando usted y yo los hayamos olvidado. Y no hay cuidado de que se equivoquen ni las confundan con otras parecidas. Piensan y actúan con la rapidez del rayo y con la serenidad y exactitud que sólo cabe en una máquina.

—Me gustaría verlos en combate. ¿Puedo acompañar a las

escuadras de caza?

—Si quiere tomar parte en el combate lo hará desde mi destructor, donde el riesgo es menor y donde podrá sernos de más utilidad aconsejándome.

George acababa de dar sus instrucciones. A continuación tomó una lista y fue gritando números. Cada “robot” salía de la fila y marchaba hacia los ascensores que conducían al anillo inferior del autoplaneta, donde estaban las “zapatillas volantes”. Una vez abajo, cada “robot” ocuparía sin vacilación el aparato que, por número, le correspondía tripular. En el entretanto, Ángel se despidió de su intranquila esposa asegurándole que apenas si iba a correr riesgo, la besó en la mejilla e hizo una seña a Ina Peattie para que le siguiera.

Cruzaron la plaza, donde ya quedaban muy pocos “robots”, y se encaminaron hacia uno de los esbeltos destructores de setenta metros de largo. Los comandantes de los otros aparatos iban de un lado a otro en busca de sus destructores.

Una vez arriba, Ángel cerró la portezuela echando los sólidos cerrojos de seguridad e hizo seña a la coronela para que le acompañara a lo largo de un angosto corredor hasta la cabina de mando. Ésta, al igual de los antiguos submarinos terrestres, estaba situada en una torrecilla que sobresalía sobre el casco del navío. Sentados en los dos sillones de los pilotos había dos hombres mecánicos. Miguel Ángel fue derecho hasta un cuadro de interruptores. Primero empujó el que ponía en marcha los generadores atómicos y a continuación el que interrumpía la emisión de ondas eléctricas. Inmediatamente los muñecos de acero se movieron casi imperceptiblemente, indicando con ello que acababan de captar las ondas y estaban “vivos”.

El español empezó a dictar secas órdenes como si fuera el capitán de un antiguo barco de guerra. Los dos pilotos obedecían cada orden con rapidez y precisión maravillosa. El destructor evolucionó sobre las ruedas de su tren de aterrizaje escamoteable y entró dócilmente en una de las cuatro cámaras neumáticas que en direcciones opuestas rodeaban el anillo del autoplaneta.

En dos minutos estuvieron fuera, esperando a quinientos metros de distancia que salieran los demás navíos de la escuadra. Éstos estaban despegando con ritmo y rapidez. Del anillo inferior, que rodeaba al autoplaneta por debajo del grande, salían como

disparadas por catapulta un chorro continuo de aquellas aerodinámicas y originales “zapatillas volantes” que tanto admiraban a la coronela Ina Peattie.

Doce minutos invirtieron en despegar todos los aparatos y entrar en formación dibujando una gran rueda de destructores con un enjambre de cazas por arriba y otro igual por debajo.

Del *Rayo* llegó la voz de Richard Balmer anunciando:

—¡Listos! ¡Todos fuera! ¡Buena suerte!

—¡Adelante! —ordenó Ángel por el micrófono.

La escuadra se puso en movimiento formando un bloque y se lanzó en picado hacia el Norte. Miguel Ángel hizo una seña a Ina Peattie para que le siguiera y fue a ocupar un puesto junto a la mesa circular de metro y medio de diámetro que se alzaba en el centro de la cabina.

—Naturalmente —dijo el español—. No habrá posibilidad de localizar al enemigo por radar.

—No. Hace siglos que se inventó la forma de hacer a los aviones “transparentes” electrónicamente. Desde entonces venimos desarrollando una apasionada batalla para localizar al enemigo por medio de las ondas y hacernos nosotros “invisibles”. Hemos llegado a un equilibrio tan perfecto que en la actualidad tenemos que acudir a los primitivos sistemas ópticos. Hemos desarrollado la técnica visual hasta un grado extraordinario y cada uno de nuestros aparatos va provisto de un telémetro de quinientos aumentos.

—Nuestros telescopios les aventajan en el doble —aseguró Ángel. Y tomando unos auriculares se los encasquetó invitando a la coronela a hacer lo mismo con otro par que le ofreció. El español llamó al resto de la formación anunciando—: Los aparatos del enemigo también son electrónicamente invisibles. Para localizarlos hemos de utilizar los telémetros. Corto.

Acto seguido alzó la mano hasta una especie de proyector suspendido sobre la mesa y tiró de un cordón. Se oyó un “clic” metálico y el proyector arrojó un haz de brillante luz sobre la mesa. Luego apagó las luces del interior de la cabina, con lo cual las imágenes proyectadas sobre la mesa adquirieron extraordinaria nitidez. El tablero de la mesa estaba cuadriculado por finos trazos oscuros numerados. Según Ángel explicó a Ina Peattie, este retículo servía para dirigir el tiro de los proyectores de rayos “Z” y de los

cañones que disparaban missiles atómicos.

Lo primero que vieron por aquella gran pupila luminosa fue el combado horizonte cubierto de densas nubes y la lámina azul del lago Erie. Ángel apretó un botón y empezaron a desfilar sobre la mesa las imágenes que rodeaban al destructor. Los destructores de retaguardia se veían tan próximos que su emblema —un rayo y una flecha cruzados— no cabían dentro del tablero de la mesa. Por encima del aparato más rezagado pudieron ver una densa formación de aparatos norteamericanos que acudía al campo de batalla.

Al volar sobre el lago Erie vieron a una formación de cinco mil aparatos o quizás más que se elevaba ganando altura y situándose a la izquierda de los destructores. Los que venían detrás les alcanzaron y fueron a situarse a la derecha, formando así una línea compacta que cubría la bóveda cenital de extremo a extremo del horizonte.

Unos doce mil aviones, entre bombarderos acorazados y cazas volaban hacia el Norte en busca del odiado enemigo, y todavía se les unieron unos mil aviones más al sobrevolar el lago Hurón. Hasta los auriculares que oprimían los oídos de Miguel Ángel llegaba el incesante pitido del Morse, y la cháchara de los comandantes de escuadrilla comentando la presencia, entre ellos, de aquella formación de extraños aparatos.

Los extraños aparatos eran, naturalmente, los destructores tipo *Diana* y las pintorescas “zapatillas volantes” del autoplaneta *Rayo*. En realidad, las ciento ochenta “zapatillas” y los cuarenta y dos destructores eran apenas una mota entre aquella imponente masa de trece mil o catorce mil aviones americanos. Por arriba, por abajo, a la derecha y la izquierda, en cuanto alcanzaba la vista, sólo se veían puntos plateados brillando al sol de la tarde.

Acababan de dejar a sus espaldas el lago Hurón y ya se apreciaban considerablemente cerca las gigantescas columnas de humo, cuando sobre el horizonte asomó una densa formación de aparatos enemigos. Eran como puntos relampagueando al sol.

—¡Son los asiáticos! —exclamó Ina Peattie.

Los insignificantes puntos pronto fueron las proas afiladas de unos aviones. Eran tantos que Miguel Ángel sintió helársele la sangre en las venas. Todo el cielo aparecía cubierto por aquellos aviones que se acercaban con asombrosa rapidez. Se oyó la señal de

alarma de la formación americana:

—¡Enemigo a la vista por proa!

La charla de los comandantes se interrumpió de golpe. Ángel se precipitó hacia el cuadro de mandos contiguo y pulsó los botones que ponían en acción a los artilleros automáticos. Aunque el enemigo se encontraba todavía fuera del alcance de los cañones "Z" americanos, acababan de entrar en el radio de acción de los cañones de los destructores tipo *Diana*. Los artilleros automáticos de proa resolvieron en un segundo el cálculo matemático de la distancia y la situación del enemigo y empezaron a disparar.

El enemigo se encontraba en este momento a quinientas millas de distancia, pero sobre la mesa aparecía como a media milla. Por lo tanto, le fue permitido a Ina Peattie apreciar con toda precisión el destructor efecto de los disparos propios contra la formación amarilla. Primero se iluminaban con un vivo destello azul, luego ya no volvían a verse. Parecía como si una esponja invisible pasara sobre la mesa borrando al enemigo con rapidez maravillosa.

Era fácil de comprender que los demás destructores habían abierto a su vez el fuego, pues la hecatombe de aparatos derribados no podía atribuirse exclusivamente al destructor *España*, que era el que ocupaba Miguel Ángel Aznar. Éste comprendió inmediatamente lo que iba a ocurrir.

—No podremos derribarlos a todos en tan poco tiempo —murmuró inclinado sobre la mesa—. Deben de volar a la misma velocidad que nosotros. Esto equivale a decir que nos acercamos unos a otros a razón de ocho millas por segundo. Les tenemos ya a sólo trescientas millas de distancia.

Los aviones asiáticos eran tantos que parecían tocarse unos a otros. La formación se clareó bastante, pero cuando Miguel Ángel enfocó el teleobjetivo hacia la derecha comprendió que hubieran hecho falta cien veces el número de destructores propios para contener aquella monstruosa ola de aviones. Estaban limpiando de enemigos un espacio de cincuenta millas de anchura, pero por ambos lados la formación amarilla continuaba adelante, intacta, con ímpetu arrollador.

—Es como si estuviéramos dentro de un tanque disparando cañonazos contra una manada de búfalos en estampida —rugió Ángel—. Abrimos una brecha y nos incrustamos por ella, pero las

bestias nos rebasan por ambos lados y acabarán por dejarnos atrás.

En un indicador iluminado iban pasando con rapidez las cifras que marcaban la distancia que les separaba del enemigo.

Trescientas millas… doscientas cincuenta… doscientas…

Del horizonte continuaban afluyendo aviones y más aviones.

—¡Comandante a cañonero! —bramó Miguel Ángel por el micrófono—. ¡Dispara una andanada de cohetes!

El marcador de distancias señaló el ciento cincuenta. Los aparatos amarillos y los norteamericanos acababan de entrar en el alcance de sus respectivos cañones “Z”. También los cañones “Z” de las “zapatillas volantes” alcanzaban ya al enemigo, y su contribución se dejó sentir instantáneamente. La mesa, campo de batalla por reflexión, se vio totalmente desembarazada de enemigos. Ángel hizo girar el objetivo del telescopio hacia la derecha. Dentro del campo visual del telescopio entraron los proyectiles cohete disparados por el robot cañonero. Vieron las rayas de gases que dejaban tras de sí y los vieron hacer explosión entre los aviones amarillos como un rosario de llamaradas verdes. Quizás un centenar de aviones asiáticos cayeron envueltos en llamas. Pero ya no se podía repetir el tiro. Estaban sólo a cien millas de distancia unos de otros y dentro de unos segundos se produciría la colisión.

Un timbre sonó con furia. Ángel alzó los ojos y vio parpadear una luz roja. Alguien tenía enfocado sobre ellos un proyector de rayos “Z”. Si el destructor *España* hubiera sido como los norteamericanos, ya estaría convertido en astillas.

—Almirante a comandantes de navío y jefes de caza —chilló el español en *saissai* por el micrófono—. ¡Estamos bajo el fuego enemigo! ¡Romped la formación y pelead cada uno por su cuenta!

Al mismo tiempo que hablaba Miguel Ángel corría hacia el cuadro de instrumentos y bajaba un interruptor diciendo:

—¡Comandante a artilleros. Apuntad por los teleobjetivos individuales!

Las dos gigantescas formaciones acababan de entrar en contacto.

CAPÍTULO VII

¡VICTORIA!

Solamente diecisiete segundos habían transcurrido desde que los dos bandos entraron en el alcance de sus respectivos cañones “Z”. En este breve espacio de tiempo habrían sido derribados unos cinco mil aviones por bando, de modo que se encontraron sobre el cielo de la antigua provincia canadiense de Ontario unos treinta mil aviones. El caso, ahora, era esquivar con rapidez el fulminante rayo del enemigo y procurar colocar uno de los propios en el contrincante.

La batalla aérea quedaba reducida así a un encuentro parecido al de las escuadrillas del siglo XX, solamente que ahora se apreciaba de más espacio para evolucionar a la fantástica velocidad de cuatro millas por segundo. El choque fue espantoso. Centenares de aviones entraron en colisión estallando al mismo tiempo en el vacío. La formación en rueda de los aparatos del autoplaneta se había roto y cada destructor andaba revuelto con un centenar de aviones americanos y más de cien aeronaves asiáticas.

Miguel Ángel contemplaba aquel apocalíptico encuentro con los ojos desmesuradamente abiertos de espanto. No tenía nada que hacer. Hasta sus oídos llegaba el repiqueteo del Morse y las exclamaciones de los aviadores norteamericanos, el incansable zumbido de los cañones “Z” y el intermitente repiquetear del timbre.

Ina Peattie se agarraba con fuerza a la mesa, pero su movimiento de precaución era inútil. Aunque el *España* volara en posición invertida, ella y Miguel Ángel seguían con los pies pegados al suelo y la sangre afluyendo por sus venas con absoluta normalidad. Esto ocurría así porque el centro de gravedad del

España lo fabricaba el destructor para su propio uso, sin tener en cuenta para nada la fuerza de atracción de la Tierra.

Las "zapatillas volantes" del autoplaneta estaban portándose maravillosamente en aquella colosal batalla. Parecían estar en todas partes, lo estaban en realidad, y se las veía subir y bajar, virar y brincar en el aire como seres vivos. Tras ellas dejaban un rastro de explosiones azules indicando el aniquilamiento de otros tantos aviones enemigos. Era maravillosa la habilidad de sus pilotos electrónicos. Enfilaban recto contra el enemigo, sin vacilación ni pérdida de tiempo, lo derribaban y se lanzaban sobre otro con la velocidad del rayo. Apenas si se las veía. Las más próximas pasaban junto al destructor *España* como una ráfaga de luz plateada, y sólo las más lejanas podían ser seguidas a simple vista.

Los aviones norteamericanos y los asiáticos eran derribados a tal velocidad que el cielo estaba siempre cubierto de explosiones, como si volaran entre el fuego concentrado de mil piezas de artillería antiaérea. Estas explosiones conmocionaban al *España*, haciendo vacilar a sus tripulantes humanos por unos segundos.

En cuanto al *España*, seguía funcionando con la precisión y velocidad de una máquina bien construida. No había allí ningún resorte que fallara, ni tampoco ninguna voluntad que flaqueara o se aturdiera en el fragor del combate. Ni los pilotos ni los artilleros electrónicos vacilaban. Mataban con indiferencia de máquina, guiaban con precisión de máquina y morirían, si llegaba el caso, con indiferencia de máquina. El destructor era a modo de un meteoro siguiendo una órbita de precisión matemática.

No había miedo de que chocara con ningún avión amigo o enemigo, pero sí lo había de que los amigos y enemigos chocaran con ellos. La inteligencia humana, sometida a la dura prueba de este torbellino, flaqueaba donde la exactitud electrónica se mostraba insensible e infatigable. Miguel Ángel pudo ver por sus propios ojos cómo un caza norteamericano se estrellaba contra un destructor. El caza estalló en mil pedazos, pero el durísimo casco del destructor salió indemne de la colisión.

La confusión, tremenda en un principio, fue aclarándose al cabo de quince minutos de combate. Los combatientes llenaban todo el espacio visible, de Norte a Sur y de Este a Oeste, pero su número se había clareado considerablemente. No era posible calcular a simple

vista quién ganaba ni quién perdía. Los aviones más próximos volaban demasiado aprisa para poder ser identificados, y los más lejanos se movían con tanta rapidez que tan pronto se presentaba a la mirada del observador un casco verde como uno azul celeste.

Al cabo de media hora de combate todo quedó súbitamente en paz. Como cuatro millares de aviones evolucionaban desperdigados por el espacio. Parecían errabundos y vacilantes, cansados y nerviosos. La radio, que en el último cuarto de hora había quedado casi completamente silenciosa, empezó a llenarse con la llamada de los comandantes de las flotas.

Miguel Ángel se pasó una mano ante los ojos y dejó escapar un suspiro.

—Bueno —murmuró—. Parece que la batalla se terminó a nuestro favor. Realmente, ha sido terrible. Los aviadores como usted deben de tener unos nervios de acero.

—Ha sido un combate maravilloso —suspiró a su vez la muchacha—. Sobre todo porque podemos contarlo. Sus aparatos son invencibles, mister Aznar. ¡Mire, ya vuelven!

En efecto, diez destructores y medio centenar de "zapatillas volantes" se acercaban por la derecha a poca velocidad. Ángel miró a su alrededor y vio que por la parte opuesta todavía lejanos, pero acercándose a gran velocidad, asomaban otros doce destructores rodeados por un enjambre de "zapatillas volantes".

Para que los restos desperdigados de la flota pudieran localizarles, Miguel Ángel puso en marcha el aparato automático de señales quien se encargó de lanzar al éter los pitidos de contraseña.

Pronto empezaron a dejarse oír las voces sonoras y tranquilas de los comandantes *saissais* y las alborozadas de George Paiton y Thomas Dyer.

—¡Ha sido un combate estupendo! —proclamó George—. Aunque por nada del mundo intervendría en uno así si tuviera que ser yo quien pilotara un avión. ¡Caramba!

Un momento después estaban reunidos todos los aparatos. Con gran sorpresa por parte de la coronela Ina Peattie y satisfacción de Miguel Ángel Aznar no se había producido una sola pérdida. Esto sólo podía atribuirse a las magníficas cualidades del material de que estaban construidos los aparatos del autoplaneta.

La escuadra, en formación de cuña, reemprendió el regreso

hacia el autoplaneta dejando a sus espaldas a los aviones norteamericanos, que esperaban la llegada de otros tantos aviones más para aprovechar la derrota infligida al Imperio Asiático, avanzando hacia el Norte.

Media hora más tarde el destructor *España* rodaba sobre el pulimentado piso del autoplaneta y Bárbara Watt suspiraba al ver apearse a su marido seguido de la esbelta coronela Ina Peattie.

* * *

Mientras comían, sentados alrededor de la larguísima mesa del comedor comunal y con la asistencia de todos los hombres azules, los que habían tomado parte en la batalla aérea de la tarde relataron sus aventuras a los que se quedaron en el autoplaneta. Cuando apuraban sus tazas de café y chupaban de sus aromáticos cigarrillos sonó el zumbador del televisor y se iluminó la pequeña pantalla encuadrando la cabeza de Thomas Dyer, quien había quedado de guardia en la sala de control.

—Un cierto general Duxon, acompañado por medio centenar de giróscopos, solicita ser recibido en el autoplaneta y hablar con su comandante —anunció Thomas con su voz de trueno—. ¿Qué contesto?

—Manda acá su imagen para que le veamos la cara, Thomas —repuso Miguel Ángel poniéndose en pie y acercándose al televisor.

El rostro de Thomas fue sustituido por otro enjuto, de finos labios, prominente nariz y ojos verdes.

—Es el general Duxon, no cabe duda —aseguró Ina Peattie—. El general Duxon es el jefe supremo de las fuerzas de Tierra y Aire.

—Perfectamente, Thomas —dijo el español—. Recibe al general con los honores debidos… pero sólo al aparato del general.

La pantalla quedó a oscuras coincidiendo con un gruñido de Thomas.

—¿Qué puede querernos el general Duxon? —murmuró Ángel.

—Algo muy importante será cuando se decide a venir por sí mismo en vez de mandarnos llamar —aseguró Ina Peattie—. ¿No piensa salir a recibirle?

—Vaya usted a buscarle y tráigale aquí, ¿nos hace el favor?

Ina salió del comedor. Volvió unos minutos más tarde

acompañada de tres militares. Uno de ellos era el general Duxon, y los otros dos un general de dos estrellas y un mariscal del Aire. El general pasó su mirada sobre la numerosa concurrencia y preguntó:

—¿Quién de ustedes es el comandante de este aparato?

—No hay jefe supremo a bordo del *Rayo*, general —anunció Ángel poniéndose en pie.

—¿Quién comandaba entonces los aviones que esta tarde tomaron parte en la batalla aérea de Ontario?

—Yo era el comandante.

—Permítame entonces que le estreche la mano, caballero —dijo Duxon ofreciendo la suya—. Se ha portado usted como un verdadero héroe. La estrepitosa derrota infligida a la aviación del Imperio Asiático resuena a estas horas por todos los ámbitos del globo. He querido venir personalmente a felicitarle y a charlar un momento con ustedes de paso que me traslado al Sur. Si pudiéramos contar con unos millares de aparatos como los de ustedes, la victoria sería nuestra sin duda alguna. Dígame, mister Aznar, ¿cuántos aviones tienen ustedes? ¿Son muchos?

—Solamente medio centenar de destructores y doscientas "zapatillas volantes".

—¡Oh, qué lástima… qué lástima…! —lamentóse el general dejándose caer en un sillón—. Naturalmente, poseen ustedes una fuerza de inmejorable calidad, pero muy escasa en número. Así y todo, si ustedes pusieran su diminuta, pero invencible potencialidad bajo el mando del Estado Mayor General norteamericano, todavía podríamos lograr alguna superioridad de peso contra el Imperio Asiático.

—No podemos comprometernos a tal cosa, general —aseguró von Eicken—. Necesitamos tener las manos libres por la siguiente razón: Si el imperio Asiático derrota a los Estados Unidos y a la Federación Ibérica, nos proponemos escapar de la hecatombe con nuestro autoplaneta llevándonos algunos millares de jóvenes para perpetuar nuestra civilización en otro mundo lejano.

—Antes, no obstante —añadió Miguel Ángel—, estamos dispuestos a pelear al lado de la raza blanca hasta el último momento. Aunque pocos en número, somos más fuertes de lo que usted cree. Este mismo autoplaneta es, en realidad, una fortaleza casi inexpugnable. Podemos llevarlo a cualquier parte, defendernos

con nuestros proyectores de rayos “Z” o formar a nuestro alrededor una coraza eléctrica de alta potencia contra la que se estrellen todos los proyectiles enemigos.

Podemos, por último, pasar al ataque con los cañones “Z” del autoplaneta y los que van montados a bordo de los destructores y “zapatillas”, arrasar una provincia con nuestros proyectiles teledirigidos y hasta hacer saltar a Nueva York con nuestros torpedos terrestres. El resultado de la batalla de esta tarde hubiera sido el mismo si en vez de llevar nuestras escuadrillas contra los aviones amarillos hubiéramos llevado a nuestro autoplaneta. Desde estos sillones, sin movernos, hubiéramos presenciado una hecatombe de aparatos asiáticos como jamás se ha visto hasta ahora.

—He presenciado la batalla aérea de esta tarde por televisión, mister Aznar —respondió el general Duxon—. Creo a pies juntillas que sean ustedes capaces de hacer lo que dice, pero la efectividad de sus elementos sería mucho mayor si coordinara sus operaciones con las del Estado Mayor. El control de nuestro Estado Mayor, sobre todas las fuerzas, es indispensable para conseguir que la victoria se incline a favor de las armas norteamericanas. No quiero ocultarle que he venido aquí, entre otras cosas, para ver de convencerles a ustedes de que deben entrar en combate cuándo y dónde el Estado Mayor General juzgue oportuno.

—Ni el autoplaneta ni nuestros aparatos van a tomar parte en ninguna otra batalla aérea, general Duxon.

—¡Oh! —exclamó Duxon con desencanto—. ¿Quiere decir que nos retiran su apoyo? ¡Yo creí…!

—Acabo de descubrir que necesitaríamos cien veces el número de aviones que tenemos y no menos de diez autoplanetas como el *Rayo* para derrotar al Imperio Asiático de una forma rápida y rotunda. En consecuencia, he decidido no perder el tiempo derribando aviones asiáticos a tontas y a locas. Hay una manera de poner fin a esta guerra y voy a tratar de ponerla en práctica.

—¡No será convenciendo a Tarjas-Kan para que firme la paz! —exclamó el mariscal con burla.

—Creo que Tarjas-Kan se dejaría desollar vivo antes de acceder a firmar una tregua con las naciones cristianas —repuso Ángel sin mostrarse ofendido.

—Se ve que le han hablado bien de él —sonrió el mariscal.

—Sí. La coronela Ina Peattie ha estado hablándome de Tarjas-Kan, y por lo que ella me ha contado he sacado la deducción de que Tarjas es el cerebro supremo de este movimiento anticristiano. Él encarna el Anticristo, ¿no es cierto?

—Ese título le damos nosotros.

—Luego si se quitara de enmedio a Tarjas-Kan…

—Sé a dónde quiere usted ir a parar, mister Aznar —le interrumpió el general—. Lo que está pensando usted lo hemos pensado ya nosotros también. Evidentemente, el defecto de todo sistema dictatorial reside en la centralización del poder. Tarjas-Kan no tiene gobierno alguno. Él es el único mando en el Imperio Asiático. Los ayudantes que le rodean son meros títeres que periódicamente son suplantados por otros. Si Tarjas-Kan muriera hoy mismo, la guerra tal vez continuara, pero también es muy probable que el Imperio Asiático fuera derrotado. Los buitres que rodean a Tarjas-Kan se pelearían entre sí por el poder sobre el cadáver del caído ídolo. La guerra pasaría a ser un elemento de segunda importancia para los asiáticos, y nosotros aprovecharíamos esa oportunidad para hacerles retroceder… Sí, todo eso lo hemos pensado nosotros antes, así como en la posibilidad de que la antigua Europa, donde la raza blanca sojuzgada y absorbida por la amarilla suspira por la libertad, se rebelara contra el Imperio creando una escisión interior que nos favorecería…

—Puesto que lo han pensado, también habrán intentado capturar o quitar de enmedio a Tarjas-Kan.

—Lo hemos intentado algunas veces, pero en todas fracasamos. Como es lógico, Tarjas-Kan se hace rodear de un ejército de fieles servidores. Habita en Jakutsk. Ésta es quizás la mejor ciudad subterránea del globo y está situada en la Siberia, junto al lago Jege. En la ciudad sólo habitan militares adictos a Tarjas-Kan. Allí tiene el caudillo amarillo su Estado Mayor. Raramente sale Tarjas de su fortaleza. Desde sus profundos subterráneos dirige la guerra y la política del mundo y de los planetas vecinos. Jakutsk es, a la vez, el centro del poder asiático y la mejor de las bases militares. El lago Jege sirve de amaradero a los mejores aparatos de la Flota Imperial. Las defensas antiaéreas son las más poderosas del mundo… No. No es posible alcanzar a Tarjas-Kan.

—Hábleme acerca de esa imposibilidad —rogó Miguel Ángel.

—¿Quiere que le diga más? No hay manera de destruir Jakutsk. Podríamos tal vez dejar caer sobre la ciudad de Tarjas una lluvia de proyectiles dirigidos, pero ¿y qué? Arrasaríamos todo el territorio y el viejo zorro siberiano se reiría a carcajadas de nosotros a cinco mil metros de profundidad, en sus subterráneos de acero.

—¿Pero todavía no han encontrado ustedes un medio de bombardear las ciudades subterráneas? —preguntó el profesor Stefansson.

—¿Lo ha inventado usted acaso? —preguntó a su vez el mariscal del Aire mirando agresivamente al pequeño profesor.

—Es muy fácil —sonrió mister Stefansson—. Se coge un torpedo, se le pone un taladro en la punta y ya está.

Duxon se volvió hacia Miguel Ángel.

—¿Qué broma es ésta? —preguntó enrojeciendo—. ¿Pretende este hombre burlarse de mí?

—Nada de eso, general. Es verdad lo que mister Stefansson dice. Nosotros tenemos esa clase de torpedos. ¿No les dije antes que podíamos volar el actual Nueva York con nuestros torpedos terrestres?

—Me gustaría verlos con mis propios ojos —gruñó Duxon—. Hace siglos que buscamos nosotros un medio de construir un torpedo semejante.

—No es difícil de fabricar… teniendo “dedona” a mano. La “dedona” es el metal de que está construido este autoplaneta y las corazas de nuestros aviones —explicó Miguel Ángel—. Es cien veces más duro que el diamante cuarenta mil veces más pesado que el hierro. El más fuerte atleta no podría levantar del suelo un solo tornillo hecho de este metal. El torpedo terrestre es un huso de veinte metros de largo y cuatro y medio de grosor. A lo largo del fuselaje corren varias aletas de un metro de altura. Tiene en la proa un disco armado de algunos centenares de puntas de “dedona”. El disco gira como un taladro velozmente y el polvo de roca sale por entre las aletas del fuselaje y es proyectado hacia atrás con gran fuerza por los gases que empujan al torpedo hacia adelante.

—¿Y “eso” es capaz de llegar hasta una ciudad subterránea?

—¡Ya lo creo! El torpedo es, en realidad, una bomba atómica. Los instrumentos de a bordo le guían bajo tierra hacia el objetivo

que se le ha señalado. Cuando tropieza con roca la progresión del torpedo no pasa de un metro por minuto, según la dureza del granito. Cuando el terreno es de roca caliza avanza a razón de un metro por cada dos segundos, y si el subsuelo es de tierra pura, avanza a mucha mayor velocidad —dijo el profesor Stefansson.

—Me propongo presentarme por sorpresa sobre Jakutsk, dar la batalla a las baterías antiaéreas y a las fuerzas aéreas y soltar unos cuantos de nuestros torpedos terrestres para que corten en seco las carcajadas de Tarjas-Kan. Si el viejo zorro siberiano está en Jakutsk no es fácil que escape. La dificultad, naturalmente, consiste en saber si Tarjas-Kan estará en su fortaleza en el momento que la ataquemos. También necesitamos un plano detallado de la ciudad subterránea para localizarla y situar su profundidad. ¿Querrá el Estado Mayor norteamericano colaborar con nosotros?

—¿Solamente necesita un plano de Jakutsk y una buena información sobre el paradero del dictador Tarjas-Kan?

—Otra dificultad será abrirnos paso hasta el lago Jege. Sería conveniente que nos acompañaran algunas fuertes escuadras de aviones de caza y bombarderos norteamericanos.

Duxon se acarició la barbilla reflexionando.

—Creo que puede contar con el apoyo del Estado Mayor General —dijo finalmente—. La empresa no es tan sencilla como parece. Es un golpe de mano en el que vamos a jugarnos la flor y nata de nuestras fuerzas aéreas, pero la consecución del fin bien merece que corramos algún riesgo.

CAPÍTULO VIII

LA HORDA AMARILLA

Mientras esperaban un informe rotundo del Servicio de Inteligencia aliado transcurrieron cinco días. La guerra envolvió en rojas llamas al globo terráqueo por los cuatro costados. Cada mañana Ángel se trasladaba a Washington para discutir con los altos jefes del Estado Mayor las minucias del pretendido golpe de mano contra Jakutsk, y cada día se enteraba de nuevos desastres.

La horda amarilla, después del retroceso de su primera jornada de operaciones, volvía a progresar hacia el corazón de los Estados Unidos después de haber invadido por completo Alaska y toda la parte central y sudeste del Canadá. En los macizos montañosos de la costa del Pacífico las tropas americanas resistían con tesón. Iba a ser muy difícil que los amarillos les echaran de allí, pero, en cambio, Otawa, con sus cinco millones de habitantes, había perecido junto con las demás populosas ciudades del centro y sudeste del antiguo Canadá.

El cuarto día de operaciones, después de haber sometido a Otawa a un intenso bombardeo atómico con proyectiles dirigidos, los asiáticos habían envuelto los espacios de la capital con densas nubes de gases tóxicos. Otawa se vio forzada a vivir exclusivamente del oxígeno que guardaba en sus reservas subterráneas. Tras esto, y después de haber reducido al silencio a las defensas antiaéreas de Otawa, oleadas masivas de aviones amarillos, derrotaron a la aviación norteamericana en una larga y furiosa batalla y dejaron caer una división de ingenieros zapadores paracaidistas, los cuales se dedicaron a la sistemática voladura de los caparazones de acero que protegían la entrada, mientras otros grupos ponían barrenos de carga atómica en la gruesa capa de hormigón armado que cubría a

la ciudad varios metros bajo tierra.

Los zapadores introdujeron por el hueco de los ascensores cargas atómicas poderosas, y a continuación vertieron toneladas de líquidos venenosos.

Consumada su labor de zapa, los ingenieros se retiraron. Missiles de aire líquido estallaron sobre el cielo de Otawa.

El súbito descenso de temperatura acumuló negras nubes y éstas descargaron una lluvia torrencial sobre Otawa. La lluvia disolvió las substancias venenosas y las arrastró consigo a través de las resquebrajaduras hasta el seno de la urbe subterránea.

La gente comenzó a morir entre espantosos sufrimientos. El gas venenoso mataba por simple contacto, corroía casi todos los metales, entre éstos los de las caretas antigás, y sembró el espanto y la muerte por los profundos subterráneos. Al día siguiente, las bases americanas de los Grandes Lagos estaban bajo el fuego directo de la artillería asiática. Nueva York, Washington, Chicago, Pittsburg y las principales ciudades norteamericanas eran bombardeadas con proyectiles dirigidos. Después del intenso bombardeo, al amparo de las tinieblas de la noche, tropas aerotransportadas descendían sobre los principales centros industriales norteamericanos y se dedicaban a destruir las defensas antiaéreas.

Cuando Miguel Ángel Aznar llegó al mediodía de la sexta jornada a Washington, acompañado de Ina Peattie y del profesor Louis Frederick Stefansson, se sorprendió encontrando totalmente cambiada la fisonomía exterior de la capital de los Estados Unidos. Lo que antes fueran jardines y parques había quedado convertido en un desierto. Ni rastro quedaba de las limpias avenidas, encantadores lagos y coquetonas casitas y terrazas. Un palio funeral de humos se cernía sobre aquella devastación impresionante. Debajo de aquel erial, la ciudad subterránea esperaba con los nervios en tensión la llegada inminente de los bombarderos asiáticos para hacerle correr la misma suerte que la sacrificada Otawa.

Ángel recibió por radio el aviso de que aterrizara en Richmond. Desde esta localidad, un rápido ferrocarril subterráneo llevó al español y a sus acompañantes hasta Washington. El primer objetivo de los bombarderos amarillos habían sido, como es natural, las grandes centrales hidroeléctricas. Podía decirse, con razón, que no

quedaba en todo el territorio de los Estados Unidos un solo embalse en pie, y aunque esto no significaba la inmediata ruina de la nación, era un detalle digno de tomarse en cuenta. Las centrales eléctricas que consumían energía atómica continuarían funcionando durante mucho tiempo, pero se hacía indispensable una medida drástica para economizar electricidad. Sólo funcionaban los servicios públicos verdaderamente indispensables. Ocho de las diez partes de los ascensores estaban parados. La televisión y la radio sólo funcionaban para las fuerzas armadas. Los túneles estaban casi completamente a oscuras. El "metro" no funcionaba. Los ciudadanos habían sido invitados por el Gobierno a no salir de sus casas y a revestirse de paciencia y energía.

Miguel Ángel tardó dos horas en poder ser recibido por el general Duxon. Cuando finalmente fue introducido en el despacho del general, el español estaba enojado y nervioso.

—¿Qué demonios ocurre? —fue su primera pregunta—. ¿Es que la iniciativa la tienen toda los amarillos?

—No me torture usted también con sus quejas, mister Aznar —repuso Duxon, por cuya cara pasaba una nube sombría—. Estamos haciendo lo posible para contener a la horda amarilla. No me negará usted que, para tomar la iniciativa, necesitamos antes pararles los pies a los asiáticos y recuperar fuerzas.

—¿Pero no preveían lo que iba a ocurrir?

—Sí, mas de nada ha servido. Tarjas-Kan es el amo absoluto de su pueblo y puede hacer y deshacer a su antojo. En los Estados Unidos es diferente. Hemos estado supeditando nuestras necesidades guerreras a la comodidad de nuestro pueblo. El pueblo norteamericano ha sido hasta ahora el más feliz del mundo. Para conseguirlo tuvimos que sacrificar buena parte de los gastos bélicos. ¿Y ahora qué? Ahora el pueblo americano comprende que ha estado malgastando su tiempo y entregado a una excesiva comodidad. Está dispuesto a sacrificar esas comodidades a cambio de seguir siendo libre y soberano… pero temo que sea demasiado tarde. Una potencia bélica como la de Tarjas-Kan no se improvisa en dos días ni en dos años. Ni siquiera en dos siglos. En Asia hay todavía muchos hombres que pasan hambre y muchas ciudades a la intemperie, donde el pavimento es deficiente, donde la luz es escasa, donde la gente vive hacinada en cabañas y expuesta a ser

aniquilada con una sola bomba termonuclear. En vez de edificar la felicidad y seguridad de su pueblo, Tarjas-Kan ha estado años y años edificando una máquina guerrera de fuerza irresistible. ¿Qué le importa que millones y millones de asiáticos vivan como las bestias o mueran en una hora? Lo importante para él es aplastarnos… ¡y por Cristo! que está muy cerca de conseguirlo.

—¿Pero tan grave es la situación? —preguntó Ina Peattie.

—Muy grave. Doscientos mil aviones perdidos en seis días, cincuenta ciudades bombardeadas, toda Alaska y casi todo Canadá en manos del Imperio Asiático son el balance a favor del enemigo en lo que va de lucha. La Federación Ibérica está dándonos una lección de constancia y economía. Los países hispanos siempre supieron apañárselas con menos que los norteamericanos. Nosotros somos un pueblo mimado con exceso. La Aviación española, sin recibir refuerzos de sus países americanos, está dando la gran paliza al Imperio Asiático. En seis días dice haber derribado setenta mil aviones amarillos. Las tropas españolas, portuguesas y brasileñas han ocupado media Europa y prosiguen su avance. La resistencia de los asiáticos es cada vez mayor en Europa. Creíamos que la victoriosa invasión ibérica obligaría a Tarjas-Kan a retirar efectivos de los Estados Unidos. Pero no es así. El Imperio Asiático parece tener incalculables reservas de aviones. Golpea ahora con tanta dureza como el primer día de hostilidades. Sin duda quiere aplastarnos primero a nosotros y luego ajustar las cuentas a la Federación Ibérica.

—Bueno —gruñó Ángel—. Menos mal que los españoles adelantan lo que nosotros vamos perdiendo.

—El territorio ocupado por la Federación Ibérica es apenas nada en la vastedad de Asia. La Federación no podría ocupar jamás por sí sola todo el Imperio Asiático. Eche una mirada al mapa y se convencerá. Si nosotros somos arrollados, las probabilidades de victoria de los países latinos son nulas. Nos necesitan… y nosotros apenas si podemos defendernos.

—Bien —masculló el español entre dientes—. ¿Qué hay acerca de nuestro asalto contra la fortaleza de Tarjas-Kan? ¿Va a realizarse o no?

—He sometido el proyecto a la deliberación del Estado Mayor General… —balbuceó Duxon enrojeciendo.

—Y ha dicho que no —cortó Miguel Ángel secamente.

—En nuestra angustiosa situación no podemos lanzarnos en una aventura de tamaña naturaleza. El Estado Mayor ha calculado que para llegar al continente asiático y abrirnos paso hasta Jakutsk se necesitaría una concentración no menor de cincuenta mil aparatos, de los cuales perderíamos en lucha contra las formaciones de intercepción amarillas como el ochenta por ciento. Tenemos esos aviones, pero no podemos lanzarlos a la destrucción cuando se espera de un momento a otro a los bombarderos asiáticos sobre Nueva York y Washington. Por si todo esto no bastara, sepa que esta madrugada se han lanzado sobre diversas zonas industriales de los Estados Unidos grandes contingentes de comandos. Buscarlos uno a uno y aniquilarlos es una tarea de magnitud gigantesca.

—En fin —suspiró Miguel Ángel—. Que no pueden ayudarnos.

—Créame que lo siento, mister Aznar. He apoyado su idea ante el Estado Mayor con tesón y la mejor de mis voluntades. Les he hablado de los torpedos terrestres y de sus efectos maravillosos… pero el terror cunde en el seno del Estado Mayor General, ésa es la pura verdad. No quieren exponer un solo aparato en esa aventura cuando se cierne sobre nosotros el peligro de correr la misma suerte que Otawa.

—Perfectamente —cortó Miguel Ángel—. En tal caso espero que no les sorprenda si me dirijo a la Federación Ibérica en petición de ayuda.

—Pensaba señalarle yo mismo la posibilidad de que la Federación Ibérica, en plena euforia por sus victorias y con su aviación táctica, prácticamente completa, acoja su plan con verdadero entusiasmo.

—Espero que así sea —sonrió el español con cierta acidez, y tendiendo su mano a Duxon se despidió diciendo—: Ha sido para mí un honor conocerle, general. Sé que estaba usted de parte de mi plan y no dudo de que ha hecho lo posible porque se llevara a la práctica. Adiós y buena suerte.

Se volvió hacia Ina Peattie ofreciéndole la mano y diciendo:

—Bien, coronela. Creo que ha llegado el momento de separarnos.

La muchacha volvió sus ojos angustiados hacia Duxon.

—Mister Aznar —dijo el general—. Si no constituyera un estorbo

para ustedes les rogaría que admitieran a la coronela Ina Peattie como observadora en nombre de los Estados Unidos.

—Por el contrario —sonrió el español—. Será para nosotros un placer contar con la supervisión de la coronela Peattie. Puede venir con nosotros, si es su gusto.

—¡Ya lo creo! —exclamó la joven entusiasmada—. Gracias por su designación, general Duxon.

Salieron los tres juntos del despacho y en un tren repleto de movilizados regresaron a Richmond, donde les esperaba el destructor *España*. Mientras volaban hacia el autoplaneta, Ina Peattie preguntó a Miguel Ángel qué pensaba hacer.

—¡Toma! —exclamó éste con sorpresa—. Pues ir inmediatamente a España y proponer a mis paisanos la aventura que los de usted no han querido apoyar.

Efectivamente, dos horas más tarde el autoplaneta *Rayo* surcaba el espacio e iba a inmovilizarse sobre Madrid. Inmediatamente el *Rayo* se vio rodeado de esbeltos y rápidos aviones, en cuyos fuselajes campeaba el fiero león ibero.

* * *

Naturalmente, en Madrid se conocía la intervención de Miguel Ángel Aznar en la batalla aérea de Ontario. Incluso se le atribuía mucho más mérito del que en realidad le correspondía, porque los Estados Unidos, al difundir la noticia de la arribada a la Tierra de un extraño mundo autónomo tripulado por terrestres que habían salido de Norteamérica cuatrocientos treinta años antes, habían cuidado de exagerar la nota, rodeando al curioso autoplaneta y a sus ocupantes de una aureola de misterio y sobrenatural poder, con el loable fin de asustar a los aviadores asiáticos.

Nuestros amigos fueron llevados inmediatamente a la capital española, emporio de la ciencia, las artes y las letras de todo el orbe hispánico.

Los españoles continuaban siendo tan vehementes y ruidosos como siempre en sus explosiones de alegría popular. En Nueva York, Miguel Ángel habíase sentido como un forastero al que todos miraban con la fijeza que se observa a un bicho raro. En Madrid, Ángel sintió por primera vez el calor del cariño y respeto popular y

la agradable sensación de encontrarse "en casa", entre hermanos, entre gentes de su misma ideología y temperamento. Los madrileños habían organizado precipitadamente un magno recibimiento levantando carteles donde se leía: "Bienvenido a tu patria, Miguel Ángel Aznar".

El alcalde de Madrid y un grupo de altos oficiales del Ejército y la Aviación españolas, encabezado por el general Cervera, en representación del Generalísimo Ávila, importándoles un ardite la posibilidad de que los asiáticos arrasaran de un momento a otro el bello exterior madrileño con proyectiles dirigidos, habían salido también a recibir a Miguel Ángel Aznar, a su esposa y a sus amigos. Éstos, después de estrechar confusos las manos de todos los altos personajes civiles y militares, fueron obligados a subir en tres automóviles descubiertos. Los automóviles, precedidos por una escolta de motoristas y seguidos por una interminable caravana de coches, atravesaron las principales vías de la populosa ciudad recibiendo los aplausos y vítores del apretujado público.

Como en volandas fueron después apeados de los coches, subidos a una enorme terraza del estilo de las que habían visto en Nueva York y agasajados con uno de los tradicionales vinos de honor donde, cosa por demás extraordinaria, el vino era auténtico Jerez, procedente de uvas naturales. España, indudablemente, había vuelto a escalar la altura de su primitivo Imperio. Por todos lados se veían muestras de su riqueza, esplendor y poderío. Una densa formación de diez mil aviones pasó en cierto momento sobre las cabezas de nuestros asombrados amigos relampagueando al espléndido sol de la tarde. Tras aquella formación pasó luego otra de más de treinta mil aparatos de los llamados "acorazados del aire". Aquella fuerza considerable se dirigía hacia los campos de batalla de la torturada Europa para disputar la supremacía del cielo al Imperio Asiático.

Entre las dos luces del atardecer aullaron las sirenas. El profesor Erich von Eicken y Edgar Ley levantaron la vista hacia el cielo.

—No se alarmen —les dijo el general Cervera en correcto inglés:

—No se trata de ninguna señal de alarma, sino del toque de queda. Estamos en guerra, la noche sigue siendo propicia para los ataques aéreos y todos debemos encerrarnos en la ciudad subterránea.

El toque de queda dispersó al público. Muchos de los altos personajes también se marcharon a cumplir con sus obligaciones. El general Cervera y un nutrido grupo de oficiales del Ejército y la Aviación acompañaron a nuestros amigos hasta las habitaciones que les habían preparado en el propio edificio del Gobierno. Una vez estuvieron solos el general Cervera se volvió hacia Miguel Ángel y le preguntó:

—¿Van ustedes a quedarse muchos días entre nosotros?

Ángel explicó brevemente a Cervera el motivo que les había traído a España.

—El Generalísimo está demasiado ocupado para recibirle ahora —se excusó Cervera—. Pero estoy seguro que apoyará su plan en cuanto yo se lo comunique… que va a ser ahora mismo.

Cervera se marchó y nuestros amigos se dispusieron a cenar. Al sentarse a la mesa, una hora más tarde, entró de nuevo el general Cervera y se dirigió sin pérdida de tiempo hacia Ángel. Éste no confiaba en conseguir la colaboración de la Aviación española y estaba preparado para recibir una negativa. Su asombro fue mayúsculo al decirle Cervera:

—Ya está todo arreglado. He hablado un momento con el Generalísimo y me ha conferido carta blanca. ¿Cuándo quiere que ataquemos a Jakutsk?

CAPÍTULO IX

GOLPE DE MANO

Siguieron dos días de febriles preparativos. El general Cervera quería reunir la mayor cantidad posible de los mejores aparatos de la Federación Ibérica para el asalto de Jakutsk, donde según los datos del Servicio de Información estaba Tarjas-Kan, dirigiendo con la habilidad que le caracterizaba la defensa de Europa y la invasión de los Estados Unidos.

En Europa la progresión de los ejércitos hispanos proseguía lenta, pero ininterrumpidamente. Los españoles habían ocupado toda la antigua Francia, Suiza, parte de Italia y Austria. Como el primer día de operaciones, las tropas de invasión encontraban una fiera y tenaz resistencia en su avance. El territorio que quedaba en manos de la Federación Ibérica no serviría ni para alimentar una brizna de hierba durante veinte años. Sin embargo, ingentes masas de hombres, de máquinas diabólicas y de aviones, se despedazaban en él y sobre él para conseguir la supremacía.

De los Estados Unidos continuaban llegando malas noticias. Los americanos, en un esfuerzo desesperado por rechazar a la horda amarilla, habían puesto en línea formidables masas de aviones. El general Cervera aseguraba que si los Estados Unidos perdían la violenta batalla aérea que ya llevaba dos días de duración, el territorio de la Unión quedaría prácticamente en manos del Imperio Asiático. Y así debía de ser, porque los norteamericanos no cesaban de lanzar angustiosos SOS a la Federación Ibérica. Ésta, consciente de que si caían los Estados Unidos se volcarían contra ella todas las fuerzas amarillas, ahora entretenidas en América, había acudido en auxilio de sus aliados con algunas de sus divisiones aéreas. La feroz lucha aérea proseguía al otro lado del Atlántico el día elegido por el

general Cervera para efectuar el raid nocturno sobre Jakutsk.

Miguel Ángel Aznar rechazó unas tras otras las peticiones de su esposa y de Else von Eicken, quienes insistían en tomar parte en la expedición. Finalmente venció Ángel y las dos mujeres fueron a ocupar una habitación en la residencia del Gobierno como invitadas de la señora de Cervera.

Iban a tomar parte en el raid la Segunda y Tercera divisiones de Bombarderos Tácticos y quince escuadrones de la Décima División de Caza. Era el Aircomando más formidable registrado en la Historia, y aunque los peligros no eran pocos, las probabilidades de alcanzar Jakutsk estaban todas de parte de los asaltantes.

Era una noche de luna llena cuando Miguel Ángel y sus compañeros llegaron a bordo del autoplaneta acompañados del general Cervera y de la observadora norteamericana, coronela Ina Peattie. Sobre la explanada del piso superior, correctamente formados, estaban los hombres mecánicos y los tres hombres azules que constituían la tripulación del *Rayo*. Luego de haber escuchado atentamente las instrucciones, cada hombre, electrónico o humano, fue a ocupar su puesto y empezó una febril actividad.

Las doscientas “zapatillas volantes” despegaron desde el anillo inferior del autoplaneta. Cuarenta y dos destructores del tipo *España* hicieron lo mismo desde el anillo superior. Dentro de cada cámara neumática, preparado para ser lanzado al espacio en un momento dado, había un destructor llevando a bordo dos torpedos terrestres. Dispuestos para entrar en las cuatro cámaras había cuatro destructores más con otros dos torpedos cada uno. Habían, pues, en total dieciséis torpedos terrestres para ser lanzados contra Jakutsk. Al general Cervera le parecían pocos, pero el profesor Stefansson insistió en que bastaba con que solamente la mitad alcanzaran a la ciudad subterránea para levantarla en vilo.

—Me daré por satisfecho si los torpedos terrestres consiguen romper la costra de roca y acero que protege a Jakutsk —dijo el general Cervera—. Si se abre una brecha nuestros bombarderos se encargarán de lo demás. Rociaremos todo con gelatina venenosa, arrojaremos una lluvia de bombas de aire líquido y haremos correr a Tarjas-Kan la misma suerte que él hizo correr a los ciudadanos de Otawa.

Cuando Richard Balmer recibió por radio la comunicación de

que las formaciones de aviones hispanos estaban saliendo de sus diversas bases, el profesor Erich von Eicken, ayudado por Edgar Ley, puso al autoplaneta en marcha y, rodeados por el enjambre de destructores y "zapatillas volantes" se dirigieron hacia los Pirineos, donde se concentraron las fuerzas aéreas.

Habían decidido realizar el ataque al amanecer. La noche protegería a los aviones. Ni de día ni de noche era posible ver a los aparatos cuando volaban a mil millas sobre tierra, pero estos aviones hubieran sido vistos a modo de brillantes estrellas al amanecer y al oscurecer sobre el horizonte, porque entonces recogerían la luz del sol y relucirían como monedas de plata.

El Aircomando voló hacia el Este bajo el negro cielo tachonado de estrellas. Siendo como eran electrónicamente "transparentes", no había cuidado de que les descubrieran por radar. En cambio, era más que probable que hubiera vigías celestes establecidos alrededor de Asia formando escalones de diferente altura, y si eran descubiertos por éstos, el plan tropezaría con un cúmulo de grandes dificultades.

Era curiosa la sensación que se experimentaba volando a mil millas sobre la Tierra. La guerra moderna había retrocedido a fuerza de técnica y adelantos hasta los primitivos tiempos. Los aviones surcaban como los antiguos buques de guerra un mar inmenso por donde el enemigo patrullaba ojo avizor. Este mar era negro y estaba claveteado de puntos brillantes, cada uno de los cuales podía ser lo mismo una estrella que la luz del enemigo al acecho. Este océano sideral era infinitamente mayor que el más grande de los compuestos por agua, pero las aeronaves que navegaban por él eran a la vez infinitamente más numerosas que las que antaño guardaban los mares del mundo. Con cinco siglos de constantes adelantos, la lucha del hombre contra el hombre no había cambiado en su ley fundamental. Las naves eran más veloces y los cañones más mortíferos y de más alcance. Los vigías humanos habían sido sustituidos por los ojos electrónicos. Éstos eran capaces de ver más allá de donde alcanzaba la pupila humana. Pero como el enemigo también disponía de estas aeronaves, de estos cañones y de estos vigías electrónicos, las fuerzas estaban igualadas y se anulaban. Tan rápidamente como el Aircomando podía descubrir el enemigo, podía el enemigo descubrirle a él instantáneamente, al mismo

tiempo, sin una fracción de segundo de diferencia.

Los únicos que en todos los aspectos llevaban alguna pequeña ventaja eran el autoplaneta *Rayo* y sus aparatos. El telescopio vigía del *Rayo* tenía casi el doble de alcance que los montados sobre los bombarderos españoles. Sus proyectores o cañones "Z" eran mortales a quinientas millas de distancia. Su coraza era refractaria al descomunal calor que desarrollaban los rayos "Z". Por este motivo el autoplaneta iba en vanguardia, conduciendo a través de la noche aquella manada de lobos sidéreos.

Para alcanzar Asia, la formación oblicuó hacia el Mediterráneo, cruzando sobre Italia y avistando por la derecha algunos aviones vigías. Los ojos electrónicos dieron inmediatamente la alarma. Desde la sala de control pudieron ver en la pantalla de televisión las imágenes que les remitía el telescopio.

—Son aviones de la Unión Africana —aseguró Ina Peattie.

—Creo que deberíamos derribarlos —dijo Ángel.

El general Cervera se opuso:

—¡Por Dios! No podemos agredir a unos aviones neutrales y que, por añadidura, se encuentran dentro de su jurisdicción.

—¿Y si esos aparatos negros dieran nuestra situación a los asiáticos?

—Ni aún así podríamos atacarles. La Unión Africana se encuentra entre dos fuegos. Una ruptura con la raza negra podría provocar la guerra. La Unión Africana vencería entonces su vacilación y se pondría del lado del Imperio Asiático. Además, no hay necesidad de llegar a tales extremos. El telescopio del *Rayo* tiene mayor alcance que los de esos centinelas y ellos todavía no nos han visto.

—Pero verán sin duda a la formación que viene pisándonos los talones —murmuró Miguel Ángel—. Será inevitable a menos que avisemos al Aircomando que se aparte hacia la izquierda, y entonces sería lo mismo, porque si utilizamos la radio, los aviones de la Unión Africana también nos descubrirán captando nuestra llamada.

Cervera miró con el ceño fruncido a los lejanos aviones.

—Sea lo que Dios quiera —rezongó—. No podemos atacar a esos vigías. Esperemos que se mantengan dentro de su más estricta neutralidad y no nos delaten a la aviación amarilla.

El Aircomando dejó atrás y a la derecha a los aparatos africanos y entró en Asia por Siria. Apenas lo hubo hecho sonaron los timbres de alarma del ojo electrónico y en la pantalla de televisión aparecieron dos pequeñísimos objetos bañados con la luz de la luna.

—¡Aviones asiáticos! —murmuró Ina Peattie.

Todavía estaban fuera del alcance de los cañones “Z” del autoplaneta, pero lo estuvieron al cabo de unos pocos segundos. Ángel pulsó un botón colorado sin apartar los ojos de la pantalla. Instantáneamente los dos aviones desaparecieron en medio de una explosión.

—Espero que no hubiera cerca más aviones amarillos —dijo el joven español—. Si alguien viera caer destruidos a esos aparatos deduciría que alguien los había derribado.

Con el paso franco, el Aircomando atravesó el Irán y subió hacia el Norte tocando en su parte inferior el mar Caspio. Allí destruyeron seis aparatos enemigos más sin darles tiempo a ver nada. El general Cervera se restregó las manos con satisfacción.

—Esto va bien —aseguró—. Mientras podamos ir limpiando el cielo de enemigos antes de que ellos nos vean con sus telescopios, nadie nos descubrirá.

—Esos aviones de la Unión Africana… —murmuró mister Stefansson preocupado—. Me da en la nariz que nos han visto.

La formación seguía los pasos del *Rayo* al sobrevolar el Turkestán, después de haber eludido las grandes bases aéreas asiáticas del lago Aral. George Paiton, sentado ante la enorme máquina calculadora que iba vomitando cifras y más cifras, trazaba el rumbo guiándose por la observación de las estrellas. Richard Balmer y Harry Tierney permanecían ante los aparatos de radio con los auriculares puestos y los ojos fijos en las pantallas que les indicarían con una ráfaga de líneas sinuosas que alguien estaba utilizando la radio o el radar en las inmediaciones de dos mil millas a la redonda.

El general Cervera rompió el zumbido de las máquinas electrónicas diciendo:

—Es muy extraño que no hayamos vuelto a encontrar al enemigo.

—¡Atención! —llamó Harry señalando a las pantallas de cristal negro, surcadas de líneas ondulantes de luz blanca—. Alguien está

utilizando la radio.

Dio vuelta a un botón. Instantáneamente se oyó una voz excitada que gritaba en español:

—¡Atención, *Rayo*! ¡Atención, *Rayo*!

—¡Maldito sea quien esté utilizando la radio! —bramó Cervera abalanzándose hacia los aparatos. Y gritó ante el micrófono—: ¡Cierre inmediatamente, estúpido! ¡Cierre!

—¡Atención, *Rayo*! —insistió la voz—. ¡Hace dos minutos que nos están atacando los aviones enemigos!

Ángel empuñó los mandos de la televisión y enfocó la lente del gran telescopio hacia atrás. El cielo negro estaba salpicado del relampagueo de las explosiones de los aviones españoles. Era como si varias baterías antiaéreas estuvieran cañoneando a la formación. Esto parecía, pero la realidad era más desagradable aún. Cada explosión significaba el fin de un avión amigo.

—¡Estamos descubiertos! —rugió Cervera.

—Me figuraba que los centinelas africanos nos harían traición —aseguró mister Stefansson.

La batalla aérea tomaba incremento por segundos. Cervera preguntó qué ocurría. La respuesta se la dio cierto comandante López:

—Nos atacaron por la espalda cuando no teníamos ojos más que para mirar hacia adelante y los costados. Creí al principio que se trataba de una patrulla en servicio de vigilancia. En realidad son varios miles de aparatos los que nos atacan. ¿Hay alguna nueva orden, general?

—Ninguna. Sigan combatiendo y aumenten la velocidad. Ocurra lo que ocurra tenemos que llegar a nuestro objetivo, ¿comprendido?

—A la orden, mi general. Cierro.

Toda la formación aumentó su velocidad a diez millas por segundo. Los aparatos amarillos fueron quedándose rezagados. Pero nuevas escuadrillas de intercepción les salían al paso por el frente y por ambos flancos. Los cañones "Z" del autoplaneta entraron en actividad. Abatían aparatos asiáticos a derecha e izquierda como monigotes. Era como un gigante lanzado a la carrera. Nadie podía oponérsele. Los Rayos "Z" dirigidos contra él no le hacían la menor mella. Los del *Rayo*, en cambio, bastaba que tocaran un segundo al enemigo para destruirlo convertido en polvo. Las "zapatillas

volantes” y los destructores del autoplaneta habían pasado a retaguardia y se defendían como perros furiosos de la acometida no menos furiosa de los aviones amarillos. El cielo negro estaba salpicado de fogonazos azules.

El autoplaneta subió como una centella hacia el Nordeste arrastrando consigo a todos sus aviones de acompañamiento y estuvo en un momento sobre Jakutsk. Había llegado con media hora de anticipación y todavía era noche oscura. A sus pies, los proyectores de rayos “Z” trataban en vano de alcanzar a los aparatos iberos. Diez mil aviones amarillos subieron de golpe para rodear a los españoles y mezclarse con ellos en una feroz y enconada batalla aérea. Un combate aéreo nocturno era mil veces más espantoso y traicionero que uno diurno. Una vez rotas las formaciones era prácticamente imposible ver al enemigo con más de tres segundos de anticipación. Las máquinas se retorcían en el espacio buscándose unas a otras y chocando entre sí con violencia. Los rayos “Z”, como luz del sol, no podían verse allí donde no existía atmósfera para reflejarse. Uno asestaba sus rayos guiándose por el instinto y recibía una descarga de rayos “Z” cuando menos lo esperaba. Se peleaba bajo la luz de la luna. Los aviones eran como bólidos seguidos de una raya de luz; pero como todos arrojaban los mismos chorros de chispas por sus tubos de propulsión, aquella luz no bastaba para la identificación. El ojo humano y el instinto de los pilotos eran los únicos capaces de distinguir entre aquella confusión al enemigo que se ansiaba abatir, y así y todo se calculaba para los combates nocturnos que el diez por cien de los aviones destruidos sucumbían bajo el disparo de las armas de sus propios bandos. Una formación de bombarderos atómicos era aún más peligrosa en la subestratosfera. Por lo regular, la destrucción de un bombardero llevaba parejas consigo la explosión de las bombas atómicas que transportaba. Cuando ocurría esto quedaba limpio de aparatos un extenso sector.

Fue por esto por lo que los bombarderos se apresuraron a arrojar sus bombas sobre Jakutsk. Ni una sola llegó a su destino. Todas estallaron a una altura que oscilaba entre las trescientas y las cuatrocientas millas de altura sobre tierra. La luz que despidieron fue mil veces más intensa que el mejor día de sol. Toda la tierra que se dominaba desde setecientas millas de altura pareció envuelta en

un resplandor blanco azuloso. Ningún ojo humano hubiera resistido aquel resplandor sin cegarse.

En la cabina de control del autoplaneta, nuestros amigos se miraron unos a otros con desolación.

—¿Lo ven ustedes? —preguntó Cervera—. Si hay en todo el mundo una ciudad bien protegida es Jakutsk. La barrera de rayos "Z" ha hecho estallar nuestras bombas mucho antes de que llegaran hasta su objetivo.

Miguel Ángel se precipitó hacia el aparato de radio y se puso en comunicación con el capitán Arxis:

—Conduce las "zapatillas" contra las defensas antiaéreas de la ciudad y apagad los proyectores de rayos "Z" —ordenó.

El *Rayo* pudo muy bien haber bajado a pesar de las defensas antiaéreas, pero Miguel Ángel quería haber barrido de la ciudad todo atisbo de vida para cuando bajaran a colocar los torpedos. No podía hacerse esto mientras hubiera defensores sobre Jakutsk, pues éstos les recibirían con fuego de armas atómicas.

Las doscientas "zapatillas volantes" abandonaron el combate, donde tan estupendamente estaban comportándose, y se lanzaron en picada contra las defensas antiaéreas disparando sus cañones atómicos y sus propios rayos "Z". Desde el autoplaneta fueron perfectamente visibles, a pesar de la considerable distancia, los impactos de las granadas atómicas. Toda la margen del lago parecía una hoguera, de la que brotaban nuevas llamaradas iluminando una considerable extensión de territorio. Los haces de rayos "Z" empezaron a apagarse en gavillas enteras.

—Me gustaría ver la cara de Tarjas-Kan en estos instantes —dijo Harry Tierney.

—Tarjas-Kan todavía se siente seguro —murmuró el general.

En las alturas el combate continuaba empeñado, feroz, durísimo. Nuevos escuadrones de caza asiáticos se habían agregado a la pelea con efectos parecidos a los de un incendio que se intenta apagar con gasolina. Según la cuenta de los contadores automáticos, el *Rayo* llevaba destruidos dos mil ochocientos sesenta aviones, todos enemigos.

Jakutsk quedó envuelta en densas nubes de humo. Por las bases de estas columnas crepitaba un fuego intenso, cegador. Las baterías antiaéreas estaban casi todas aniquiladas. Ángel ordenó a las

“zapatillas” que se elevaran, y el general Cervera mandó a los bombarderos españoles que atacaran la ciudad. Una lluvia de bombas atómicas cayó sobre Jakutsk, sin que esta vez estallaran en el camino más de diez. Nuevamente quedó el espacio inflamado de deslumbrante luz. Las bombas atómicas, al hacer explosión, semejaron grandes lagos de llamas ensanchándose con velocidad de espanto.

—Podemos comenzar a prepararnos —dijo Miguel Ángel observando el horroroso efecto de las bombas.

Harry Tierney abandonó su asiento y se puso en pie. Él, Thomas Dyer, George Paiton y Miguel Ángel Aznar iban a tripular los cuatro primeros destructores que descenderían hasta las inmediaciones de Jakutsk para lanzar los torpedos terrestres.

—¡Déjeme que vaya con usted! —suplicó Ina Peattie, tirando de la manga del español.

—Bien, vamos allá.

Uno de los dos ascensores les dejó sobre el piso superior del autoplaneta. Miguel Ángel se encaminó hacia el destructor *España* y ayudó a subir a Ina Peattie, quien cerró herméticamente la puerta tras sí. Dos minutos después dejaban a sus espaldas al autoplaneta y picaban hacia Jakutsk, iluminado plenamente por el fulgor del colosal incendio que había seguido a la explosión de las bombas atómicas.

El piloto electrónico, cumpliendo las órdenes de Miguel Ángel, les llevó hasta el extremo de la ciudad subterránea, que limitaba con las ensangrentadas aguas del lago Jege. Los torpedos serían soltados sobre las aguas. Ellos bajarían al fondo del lago, se clavarían en el suelo y buscarían por sí solos la ciudad subterránea. Los planos habían demostrado que por el lado del lago el terreno era mucho más blando. Además, el lago era el único lugar donde no había fuego que les molestara en la delicada operación de lanzamiento.

Las llamas teñían de púrpura hasta los confines del horizonte e iluminaban plenamente la cara de Ángel cuando el *España* pasó rozando las olas del agitado lago a muy poca velocidad. También les permitían ver con toda precisión la montaña que iba a servirles de guía para situar a la ciudad. El piloto mecánico enfiló la proa del bombardero cohete hacia la montaña.

—¡Ahora! —dijo Miguel Ángel apretando un botón.

No oyeron la zambullida de los torpedos en el lago porque la cabina herméticamente cerrada no dejaba entrar el más grande de los ruidos exteriores, pero una voz metálica anunció en *saissai*:

—¡Los torpedos han salido!

—¡Comandante a piloto! ¡Elevarse!

El *España* se encabritó y salió despedido hacia el cielo a gran velocidad. Al alcanzar las cien millas de altura se vio rodeado por un enjambre de cazas del Imperio Asiático. El timbre anunció que estaban bajo el fuego de los rayos "Z". Al mismo tiempo empezaron a dejarse oír los zumbadores, indicando así que los cañones del destructor estaban dando buena cuenta del enemigo.

Cuando llegaron a las trescientas millas ya no quedaba ni rastro de caza asiática. Poco después se veían envueltos nuevamente en lo más duro del combate aéreo. A derecha e izquierda caían abatidos los aviones, a veces en racimos de dos o tres.

En torno al autoplaneta no se veía un solo enemigo. Los cañones "Z" del *Rayo* habían limpiado una extensa zona a su alrededor. Los aviadores amarillos parecían haber comprendido lo peligroso que resultaba para ellos acercarse demasiado y huían del autoplaneta. El destructor se preparó para posarse sobre el anillo grande.

En este momento llegó procedente de la tierra un fulgor lívido que bañó el interior de la cabina del *España* de deslumbrante luz. Los torpedos terrestres estaban haciendo explosión, levantando a la guarida de Tarjas-Kan en vilo. Todas las furias del averno parecían haberse dado cita en Jakutsk, desencadenando una hecatombe de fuego. Al mismo tiempo, los bombarderos españoles dejaban caer una lluvia de gelatinas venenosas. Un cráter inmenso y llameante se abrió donde estaba la ciudad subterránea, y las aguas del lago se lanzaron impetuosamente por las profundas grietas que se abrían en el suelo. La avalancha de agua inundó la ciudad subterránea con hervor horripilante.

—¡Lo hemos conseguido! —chilló la coronela Ina Peattie, arrojándose al cuello de Miguel Ángel—. ¡Hemos destruido a Jakutsk y a Tarjas-Kan con todo su poder!

Desde la cabina de control del autoplaneta *Rayo*, el general Francisco Cervera contempló con ojos desorbitados de horror la catástrofe que él mismo había ayudado a desencadenar. Lo estuvo

mirando durante largo rato, hasta que se apagó el último resplandor del colosal incendio bajo la densa e impenetrable nube de humo que lo cubría todo como un manto piadoso. Luego se volvió hacia el profesor Stefansson y murmuró:

—Espero no volver a presenciar nunca más una catástrofe como ésta.

—Así lo espero yo también, general.

Richard Balmer se volvió para anunciar:

—Ahí vienen los destructores que lanzaron los torpedos. Los aviadores comunican que la aviación asiática se ha retirado.

—Bien —suspiró el general Cervera—. Regresamos a España. Me angustia ver lo horroroso del desastre que hemos desencadenado.

EPÍLOGO

La destrucción de Jakutsk tuvo efectos decisivos en la marcha de la contienda. Dos horas después, las emisoras de radio de los aliados daban al mundo la noticia de la muerte de Tarjas-Kan junto con su estado asiático, cuyo mando había dejado de impartir órdenes.

Durante algunos días más los ejércitos de Tarjas-Kan siguieron luchando, aunque sin fe ni convicción. Surgieron entre los generales y almirantes del Aire personajes ambiciosos que pretendían sustituir a Tarjas-Kan. El Ejército y las Fuerzas Aéreas Imperiales se fraccionaron en banderías que luchaban con furia entre sí.

Mientras tanto, aprovechando la disensión del Imperio Asiático, las divisiones acorazadas de la Federación Ibérica avanzaban arrolladoramente a través de toda Eurasia. En América, la horda amarilla expulsada de los territorios conquistados, pasó desordenadamente el estrecho de Bering sufriendo una estrepitosa derrota.

Un mes y ocho días después de la destrucción de Jakutsk, el desmembrado Imperio Asiático solicitaba un armisticio.

El peligro amarillo quedaba conjurado.

Notas

[1] Los cuerpos que por su propio peso caen en el espacio adquieren un movimiento uniformemente acelerado. Los espacios recorridos son proporcionales a los cuadrados de los tiempos empleados. < <

[2] Véase “El Planeta Misterioso”. < <

[3] Véase, “Cerebros Electrónicos”. < <

[4] *Saissais*, hombres de raza azul. Véase “El Planeta Misterioso”, de esta misma colección. <<